

PERIOLIBROS



FERNANDO SAVATER

CRIATURAS DEL AIRE

Ilustraciones:
Fernando Leal Audirac

1994

60 ANIVERSARIO

Página/12



FERNANDO SAVATER

Fernando Savater (San Sebastián, España, 1947) es uno de los pensadores más influyentes de la Europa contemporánea. Filósofo y periodista en la tradición hispánica de José Ortega y Gasset, Savater es autor de más de cincuenta libros que van desde las más variadas formas ensayísticas hasta la novela y el teatro. En su vasta obra predomina la reflexión que, sustentada en el predominio de la razón práctica y la conversación ética, abarca todo el espectro de las preocupaciones de la actualidad: los límites entre el poder político y la esfera privada, el análisis de los movimientos ciudadanos, la defensa del derecho a la diferencia y la crítica del autoritarismo en todas sus formas. Profesor de ética en múltiples universidades de Europa y América, Savater es autor de *Ensayo sobre Cioran* (1974), *La infancia recuperada* (1976), *Panfleto contra el todo* (1978), *La tarea del héroe* (1981), *Invitación a la ética* (1982), *El contenido de la felicidad* (1986), *Humanismo impenitente* (1990) y *La escuela de Platón* (1991), entre otros libros de una bibliografía recientemente enriquecida con textos como *Ética para Amador* (1992) y *Política para Amador* (1993), obras de divulgación filosófica que le han dado un público mucho más amplio del habitualmente interesado en el pensamiento crítico. También es valiosa la obra de Savater como dramaturgo (*Juliano en Eleusis* y *Vente a Sinapia*, 1980 y 1981) y como novelista (*Diario de Job*, 1983, *El dialecto de la vida*, 1985 y *El jardín de las dudas*, 1993). Lector que no vacila en comunicar su entusiasmo, Savater publicó *Criaturas del aire* en 1979, pieza muy peculiar en su trayectoria que ahora publicamos en *Periolibros*, pues se trata de una colección de 31 monólogos donde diversos personajes de la historia y la ficción literaria se dirigen a nosotros en un libro que, inspirado en Marcel Schwob y Giovanni Papini, aspira a reconocer esa multiplicidad de seres que hay en cada uno de nosotros.

FERNANDO LEAL AUDIRAC

Fernando Leal Audirac es en el agitado escenario de la plástica contemporánea una nueva presencia que, más allá de su singularidad y ausencia de compromiso con las modas, expresa un profundo conocimiento de los recursos de su arte sin limitarse a ellos. Para el pintor mexicano, su quehacer, como en un gran acto de alquimia, responde a la necesaria disolución de cuerpo y pensamiento, pintura y filosofía. Nadie mejor para establecer el diálogo con Fernando Savater que se escenifica en este *Periolibro*.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de millones de lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importanteen beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**
Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / *Promoción* **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles** *Supervisión* **Ma. Ángela González / Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia**, Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Show**, Canadá; **La Nación**, Chile; **El Espectador**, Colombia; **La Nación**, Costa Rica; **Juventud Rebelde**, Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **La Opinión**, Los Angeles, Estados Unidos, **La Prensa**, Nueva York, Estados Unidos; **El Periódico USA**, Texas, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Aurora**, Israel; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **La República**, Perú; **Diário de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Abril de 1994

CRIATURAS DEL AIRE

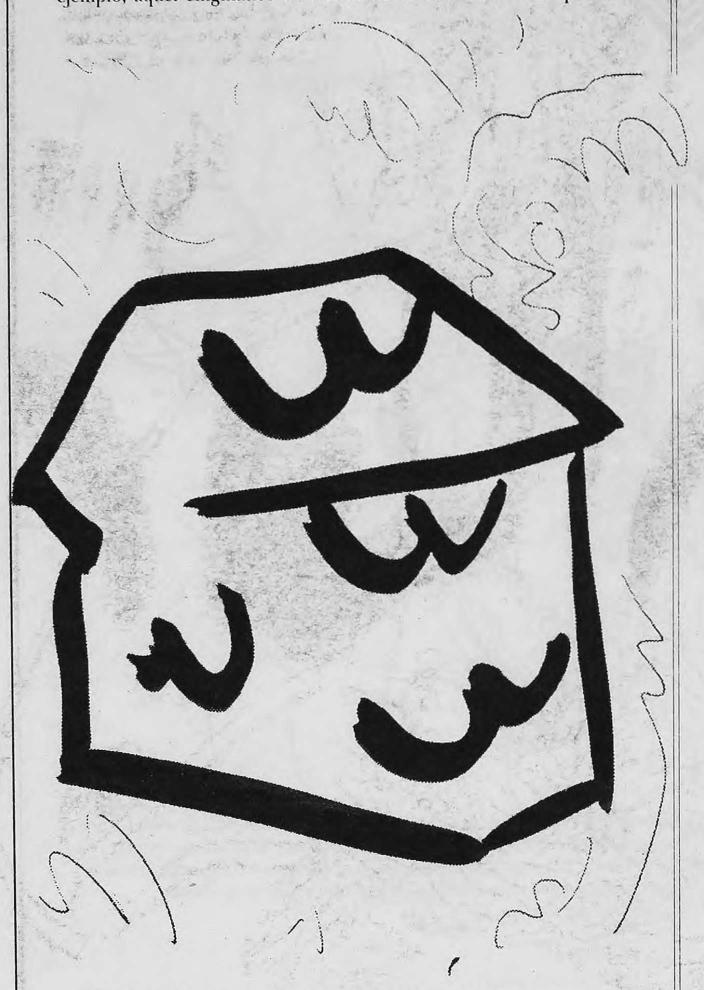
Monólogo primero

Habla SHERLOCK HOLMES

Todo mi método portentoso se resume en un solo principio, una regla áurea que rige cada una de las investigaciones que emprendo: *cuando todas las restantes posibilidades han sido descartadas, la última posibilidad restante, por improbable y asombrosa que sea, debe ser cierta.* Como puede verse, éste es un presupuesto lógico, no ético, una exigencia metodológica, no un imperativo moral; y, sin embargo, ¿no proviene de aquí también toda ética, junto con la más correcta perspectiva científica? En mi caso, al menos, el rigor del raciocinio es inseparable de la energía justiciera del corazón... En efecto: creo que la virtud no es una gracia caída desde lo alto a ciertos individuos piadosos o un dócil doblegamiento ante una ley divina o humana, sino la *única decisión* posible en unas circunstancias dadas. Y cuando digo «única» me refiero a la única que permite triunfar, salir con bien, a la más fuerte, a la que comporta menos carga de muerte. Lo mismo que en una investigación la última posibilidad que queda por examinar, aunque sea portentosa o desconcertante, es forzosamente más *fuerte* que todas las imposibilidades que puedan acumularse para explicar los hechos, así también en cada caso hay una línea de acción posible que, tras su apariencia quizá paradójica o cruel, es expresión viva de la auténtica virtud *en marcha,* de la moral más enérgica... En los casos de mi archivo cuya crónica hizo pública el afectuoso celo de mi amigo el doctor Watson, hay numerosos ejemplos de la aplicación más extrema del citado principio, tanto en su faceta teórica como en su consecuencia ética. Y así, verbigracia, mostré nítidamente que sólo un sabueso de carne y sangre pudo dejar huellas perceptibles en las sombrías alamedas de Baskerville, pese a que una mente más débil, menos inclinada a lo auténticamente fantástico que la mía, habría terminado por creer en un can espectral que cumplía una remota maldición; esta última

solución, efectivamente, era en realidad la menos fantástica, la más evidente, la más *vulgar* también, aunque de modo aparatoso: creer en el fantasma era una forma de *pereza* intelectual reñida con la genuina fantasía, con esa fantasía emprendedora que me llevó a mí a capturar al sabueso real y a volverlo contra su criminal hostigador.

Tales son los casos de mi especialidad: aquellos en que lo imposible parece lo único probable. Y tal es mi auténtica fuerza: conceder siempre más respeto a lo posible que a lo simplemente verosímil, a lo que el intelecto perezoso considera probable para huir de la auténtica y oculta posibilidad. Ahora bien, en materia moral este principio es de aplicación mucho menos evidente, mucho más litigiosa. Sí, ciertamente, creo que en cada caso, ante cada decisión, debe haber una línea de acción posible que reúna la mayor fuerza virtuosa y aleje del mejor modo el imperio de la muerte. Pero debo reconocer que me ha sido mucho más difícil a lo largo de mi carrera establecer esta línea que hallar aquella última posibilidad que hace encajar las piezas del rompecabezas criminal. Tomemos mi primer caso publicado, por ejemplo, aquel enigmático e inolvidable *Estudio en escarlata* que nos



reunió por primera vez a Watson y a mí. En su día sostuve que fue un caso sencillo y no por baladronada, sino porque realmente su complejidad teórica —el *quién* lo hizo y el *cómo* ocurrió— no presentaba auténtica dificultad para una mente algo menos rutinaria que la de los inspectores Gregson y Lestrade; pero desde otro aspecto, desde ese ángulo de la virtud del que antes hablaba, ¡ah, visto desde ahí el caso fue terriblemente enrevesado! Aún hoy me pregunto si debí entregar a la Justicia, a lo que llamamos los ciudadanos del Estado moderno Justicia, al desdichado Jefferson Hope, al que la brutalidad del destino convirtió en vengador implacable de un buen hombre asesinado y de su hija deshonrada. Ciertamente, la providencial rotura de un aneurisma impidió que Hope conociera el banquillo de los acusados y la vida de presidio, pero mi interrogante ético sigue en pie, porque sólo a mí concierne. En último término, ¿no fue mi orgullo teórico, mi pasión escudriñadora y razonante, la que me obligó a perseguir hasta el acorralamiento definitivo a aquel hombre que era mejor que su víctima, a ese infeliz que quizá no hizo sino lo que yo mismo hubiera hecho en su lugar? En muchos de mis casos he lamentado llevar mi investigación hasta su lógico final, pues el verdadero problema, el más arduo, empezaba una vez resuelto el caso y no cuando me debatía en las tinieblas de la perplejidad. No hace falta que recuerde aquel problema que Watson bautizó *Un escándalo en Bohemia,* en el que la culpable a descubrir era la mujer que más he admirado en el mundo y mi contratante un rey indigno de su armiño. Me sentí realmente dichoso cuando Irene, la única persona que podría enorgullecerse de haberme relativamente derrotado, logró huir; dichoso hasta tal punto que rechacé el anillo de esmeralda con que el rey quería recompensar mis servicios y me contenté con guardar solamente el retrato de mi deslumbrante enemiga. Y así hay tantos casos, tantos finales paradójicos en los que mi descubrimiento se volvió en cierta forma contra mí mismo, contra convicciones que siento más arraigadas que mi simple deber de ciudadano...

Bien: sea como fuere, de nada me arrepiento. En el reino de los hechos físicos es más fácil determinar qué es lo posible y lo imposible, distinción que se embrolla hasta el vértigo en lo moral. Pero esa dificultad no me hará abandonar mi convicción de que también en ese ámbito escabroso es preciso llevar a cabo la indagación en busca de la última posibilidad, la que queda cuando todo lo demás es absurdo, locura y muerte.

Monólogo segundo

Habla TARZÁN

Hoy he pasado un terrible momento de pánico. No, los civilizados no saben qué es el pánico: quizá toda la civilización no consiste más que en haber sustituido el pánico por la angustia. Pero en la selva se vive el auténtico pánico, el lacerante trallazo que marca a fuego la espina dorsal, desorbita los ojos hasta la ceguera y abruma con su almohadón de plomo el pecho sin aliento. El pánico de Bara, el cuervo, cuando da sus últimos saltos antes de caer bajo las zarpas de Numa o Sheeta; el pánico de Numa y Sheeta, incluso del majestuoso Tantor y sus hermanos elefantes, cuando el fuego devasta la sabana y abrasa el cielo enconadamente azul con su crepitar mortífero. Sentimos el pánico ancestral a lo que repta en la oscuridad o a lo que gruñe o zumba de modo desacostumbrado: el pánico a lo demasiado pequeño o a lo demasiado grande, a lo muy veloz o a lo muy paciente, a lo que hiela la sangre con su rugido de ataque o a lo que llega sin hacer ruido. El pánico paraliza, lo que en la selva equivale a decir que mata. Por eso, aunque vivimos siempre próximos a su ciénaga, ninguno podemos permitirnos el lujo de sentirlo más que unas pocas veces en la vida y durante un momento fugaz, aunque padecido como inacabable. Mi caso es distinto: también en esto soy una excepción. Soy un animal maldito, porque carezco de lo que hace soportable a los otros animales la proximidad del pánico: *no puedo olvidar y en cambio puedo imaginar.* Estas indeseables características, que por el momento me han proporcionado el dominio de la selva pero que llegarán a serme fatales, han ido desarrollándose con los años. Fui un animalillo jubiloso y triunfal, un joven simio de piel desnuda al que la previsión y la memoria reforzaron la ferocidad hasta hacerle invencible; pero, poco a poco, me he ido instalando permanentemente en la cornisa que avanza hacia el pozo del pánico: vivo inclinado sobre él, con los ojos ennegrecidos por el reflejo de su abismo. La familiaridad con el espanto me va convirtiendo en un monstruo extraño y, lo que es peor, imprevisible. A la larga, en la selva la rutina es lo más seguro: ¡si no lo fuera, no habría tenido ocasión de convertirse en rutina! Pero yo no tengo casi rutinas, tengo manías, arrebatos: tengo *ideas...* Lo no contrastado por experiencia alguna a veces es excelente, pero siempre inseguro. Vivo roído por el pánico de mis incertidumbres, por la genial vaguedad de mis improvisaciones.

Pero mi pánico de hoy ha sido muy especial, de una calidad particularmente espeluznante. Quise volver a mi chocita natal, allá junto a la playa, hecha con sus propias manos por mi padre, lord Greystoke, y destinada a servirle de tumba a él y a mi pobre madre durante toda mi juventud. Quise volver a hojear las coloreadas ilustraciones de las enciclopedias en las que por mí mismo aprendí a leer y escribir un misterioso idioma que no era capaz de hablar... ¡ni siquiera conocía a nadie que lo hablase! De allí salí un día en brazos de Kala para unirme a la horda del poderoso Kerchak, al que luego maté; allí salvé a Jane y a su aterrorizada mucama del asalto codicioso de Sabor, la leona, cuando la fiera comenzaba a entrar por la ventana del frágil refugio.

Esa choza es mi centro, el lugar de mi fuerza, mi maldición, mi proyecto...: esa choza es mi verdadera selva. Pues bien, comencé a buscarla y fui incapaz de dar con ella. La enormidad de este aserto todavía me estremece: yo, Tarzán el Tarmangani, matador de Tublat y de Kerchak, temido por Numa y señor de Tantor, que conozco la enmarañada negrura de la floresta como la palma de mi mano, no fui capaz de hallar el rincón de la selva que me es más conocido, al que he vuelto desde todos los lugares imaginables de África, del que quizá nunca he salido completamente. Brinqué de liana en liana con una ligereza en la que el aumento de mi peso va compensado por el reforzamiento de los músculos; pasé como una flecha sobre las viejas pistas medio obstruidas que los rinocerontes abren en la maleza, sobre los calveros moteados por manchas del sol que se abre trabajosamente paso entre las copas abrazadas de los grandes árboles, junto a los abrevaderos en los que Horta, el jabalí, hace milenios aprendió a beber con el oído alerta... Era como si todo fuese un círculo misterioso, una repetición estéril de imágenes indiscernibles en la que toda orientación era desvarío, cualquier referencia un error. Trepé hasta la copa de los árboles más altos, esos que sobresalen como islas afiladas en el manto opaco de verdor, tratando de descubrir a lo lejos mi playa y mi mar. No había playa ni mar, sólo espesura y maleza, árboles tan inverosímilmente prietos como el musgo que asedia a veces la base de las grandes rocas. Lancé desesperadamente mi grito retador desde la cima más alta y Numa respondió con una tos cavernosa a muchos metros por debajo de mí, mientras a lo lejos sonaba la pavorosa llamada de un gran mono macho que quizás aceptaba el desafío. Luego, el sonoro silencio de la jungla pareció eternizarse de nuevo: fue entonces cuando sentí pánico.

Poco a poco, me voy tranquilizando. ¿Para qué necesito yo realmente volver a esa choza? A fin de cuentas, esa cabaña significa la muerte y la soledad, el exilio y el despojo. Allí aprendí esas letras que no han logrado más que dificultarme la lectura de las huellas o el husmeo de los olores con los que debo orientarme para sobrevivir. Allí se agazapan en cierto modo mis enemigos Nicolás Rokoff y Alexis Paulvitch... Está la mirada, sí, los demasiado inocentes ojos de Jane Porter: pero ¿qué fue realmente Jane —hoy perdida, perdida para siempre— más que una creación seductora de la propia cabaña, un regalo enigmático de las enciclopedias ilustradas donde yo aprendí a deletrear A-M-O-R, un envío póstumo de mi madre que así intentaba vengarse del salvaje bosque que la asesinó? Está decidido, abandono para siempre la búsqueda de mi choza, aunque el sacrificio no es demasiado heroico porque en todo caso dudo mucho que logre volver a encontrarla. Me queda la selva, los olores y roces en la noche excesiva, la alerta muscular que quizá se tensa demasiado tarde: me queda el pánico.



Monólogo tercero

Habla **FU-MANCHÚ**

La paciencia es para el sabio como el riego a las flores: le alimenta y le hace crecer. Desde luego, yo no tengo derecho a considerarme sabio, pese a este título de «doctor» que indebidamente ostento gracias a la generosidad en verdad abrumadora de cinco o seis de las principales universidades de Oriente y Occidente. No, yo soy un simple particular, un humilde e irrelevante vástago de una raza demasiado numerosa: cuando considero mi pequeñez y mi torpeza, debo admitir que esta última es lo único grande que hay en mí. Pero si me es dado incurrir en cierta vanagloria —por la cual pido de antemano las más contritas disculpas a mi inagotablemente benévola y desproporcionadamente copiosa audiencia— creo que puedo llamarme paciente. Cultivo la rara orquídea de la paciencia en el pobre jardín de mi personalidad desde los ya muy lejanos años en que oficiaba como vendedor ambulante de antídotos contra la mordedura de serpientes venenosas en las calles de Shangai. Solicito nuevamente perdón por insistir hasta el fastidio en mi irrelevante biografía, pero mis oyentes quizás acaben por comprender, en su inteligente magnanimidad, la necesidad de esta vanidosa tortura que les inflijo. Digo que hace años montaba yo mi tenderete en las calles más concurridas del mercado de Shangai y atraía sobre mi indigna persona la atención de los atareados viandantes por medios quizá tan desconsiderados como los que hoy empleo para hacerme escuchar por ustedes, confirmando así el viejo proverbio: «el escarabajo ama el estiércol tanto en la primera hora de su vida como en la última». Llevaba entonces diversas cestas con los distintos tipos de ser-

piente ponzoñosa y numerosos frasquitos con el remedio oportuno para cada mordedura; cuando tenía suficiente público en torno a mí, extraía de su encierro una cobra o algún otro reptil aún más peligroso y permitía que me mordiera en los labios y la lengua: a continuación, dejaba pasar unos momentos para reforzar la impresión causada y comenzaba a explicar tranquilamente los efectos que se producirían dentro de pocos minutos, la agonía que se avecinaba a no ser que... Cuando la zozobra de mis espectadores alcanzaba el grado deseado, me tomaba el antídoto saludador y luego lo ofrecía a módico precio: algunos, hipnotizados por la exhibición que acababan de ver, se desprendían con amable derroche de unas cuantas monedas. Así aprendí que mantenerse sereno y paciente cuando la muerte circula ya por las venas es el único medio de alcanzar con eficacia la pócima que regenera y cura.

En el libro del *Tao* leemos que el mejor soberano es el que gobierna a sus súbditos con la displicente ligereza con que deben freírse los peces pequeños para que no queden crudos ni achicharrados. Ahora bien, desde mi incurable ignorancia me atrevo a preguntar: ¿dónde vemos ejemplos de semejante administración ideal? Salvo que quienes sepan más que yo concluyan otra cosa, quizá podamos afirmar que en ninguna parte. Los reinos de Occidente, aunque mandados por hombres sabios como los emperadores de las viejas leyendas y emprendedores como torrentes en primavera, abruman a sus ciudadanos con la agitación insensata de una vida sin cortesía ni moderación ritual mientras que desbordan su pedagógica insolencia y su rapiña sobre los hombres de las demás razas y culturas, a los que no respetan más que en tanto herramientas que sirven a sus fines. Pero no es la arrogancia lo que sustenta la ferocidad del dragón, sino la confianza en su inmortalidad: si no se está cierto de ser inmortal, más vale no ser demasiado arrogante. En lo tocante a Oriente, sólo se advierten gobiernos imitadores y cómplices de los occidentales o ese comunismo asiático que no es más que un pintoresquismo en el reparto de la pobreza pero con pérdida de las exquisitas diferencias que antes hacían imprescindible la pobreza misma de los más. El verdadero justo es el que conoce la justificación de la injusticia y nunca la despilfarra vanamente. Pese a mi demoledora insensatez, no creo que los gobiernos habidos hasta hoy se atengan a los sanos preceptos del *Tao:* incluso me atrevo a suponer que quizá yo, un simple y ridículo particular, puedo ser comparativamente más sensato que todos ellos.

Por eso fundé la liga del Si-Fan, de la cual soy indigno presidente vitalicio. Por eso me he ido apoderando poco a poco de todos los centros neurálgicos del mundo, cuyas armas atómicas están hoy en mis humildes manos. Por eso he sabido eliminar a todos mis enemigos, incluso aquellos tan superiores a mí en excelencia como el sol supera al gusanillo, por ejemplo aquel sir Denis Nayland-Smith cuya cabeza reverentemente momificada me sirve hoy de pisa papeles. Y por eso yo, simple particular, os dirijo este mensaje televisado a todos los honorables ciudadanos del planeta Tierra: entramos en la era de jade y marfil.

Monólogo cuarto

Habla DESDÉMONA

Ésta va a ser una noche extraordinariamente feliz: quiero volver a ser dichosa hasta la indecencia, como antes. ¡Ah, cuántos planes he tenido que tramar, cuántos cuchicheos con mi fiel Emilia y el buen Yago, qué paciente calibrar cuándo se debe exclamar una palabra por otra o cuándo hay que perder un pañuelo! Pero esta noche voy a cobrar por fin el salario de mi astucia, los intereses de mi desvelo. Esta noche recuperaré a Otelo, el garañón berberisco de mis ardores venecianos... ¿Por qué los hombres tendrán siempre que distraerse de nosotras, por qué preferirán los estériles enredos de la política o la brutalidad de la guerra, por qué han de ser más capaces de abismarse en una dis-



cusión sobre la naturaleza de las estrellas que de perderse en el reclamo de unos ojos que todo lo piden, para siempre, para siempre? Porque cuando se entregan de veras, o cuando nosotras creemos que se entregan de veras, pueden fundirnos en puro deleite. Pero se cansan, se distraen: son como externos a su cuerpo, a sus sensaciones, y no pueden empaparse de carne más que a poquitos, durante breves ramalazos de sensualidad que les dejan exhaustos y aterrados. En seguida huyen al comercio o a la metafísica, en seguida se refugian en las proezas o se ocupan de componer música. Para vivir necesitan olvidar la mayor parte del día que están vivos; para sentir algo necesitan convencerse de que no sienten, sino que piensan o calculan; para atreverse a desear lo que en verdad desean tienen que atiborrarse de proyectos útiles o sublimes, hasta que finalmente caen rendidos en brazos de lo que no saben apetecer más que como reposo, exceso o costumbre. Son así: para ser capaces de ceder de vez en cuando al éxtasis tienen que considerarlo como un simple desahogo entre dos empresas mucho más importantes porque les comprometen *a muy largo plazo*... La pasión les desasosiega y la carne les azara y, secretamente, les humilla: no quieren querer lo que quieren o quizá para quererlo tienen que suponer que lo que en verdad quieren es algo mucho más excelso, de cuyo deslumbrante fulgor tienen de vez en cuando que apartar los ojos hacia cosas más banales.

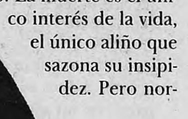
Otelo era una fiera espléndida, parecía infatigable en la caricia, nacido para la violencia de arrullos devastadores que me dejaban asolada noche tras noche como un campo saqueado por los bárbaros. Después de haber probado su furor africano, tan brutal y tan exquisito, tan directo y tan orientalmente refinado, todos los educados jóvenes a los que mi clase me acercaba me parecieron de insoportable insipidez. Me arriesgué a matar a mi padre del disgusto o a ser muerta por él cuando descubriese mis amores con un moro: ¡yo, la hija del senador Brabancio, jugando a la bestia de dos espaldas con un coloso negroide semicivilizado!, ¡la perla de Venecia adornando como un pendiente el lóbulo oscuro de un aventurero berberisco! Por muy rico que fuera Otelo y por muy imprescindibles que fuesen sus servicios a la República, la provocación era demasiado grande. Fueron aquéllas las noches de nuestros arrebatos furtivos, cuando él trepaba ágilmente a la alta ventana de mi alcoba para disfrutarme, como quien sube a lo más alto de un gran árbol para sorber en el mismo nido los huevos recién puestos de un ave exótica. Yo le esperaba desnuda y temblorosa en mi lecho, con la mirada fija en el rectángulo sombrío de la ventana, hasta que en el alféizar aparecían sus ojos de fuego y la agresiva blancura de su primera sonrisa... Eran los días de los mensajes deslizados a la puerta de la iglesia, de los saludos falsamente distantes cuando nos cruzábamos en la plaza de San Marcos o de las miradas de arrobo cuando pasaba a caballo al frente de sus soldados y yo sabía que esa misma noche lo tendría sobre mí, el áspero calor de su lengua en mi boca... Luego, todo pareció arreglarse y todo se estropeó. Fuimos descubiertos, pero el dux y mi padre nos perdonaron, accediendo a nuestra boda. Otelo fue nombrado gobernador de Chipre y se convirtió en el principal baluarte de Venecia contra el peligro otomano. Ya nada fue igual: ahora se pasa la vida preocupado, pierde las noches planeando expediciones punitivas y los días se los pasa parlamentando con embajadores turcos o interrogando a prisioneros. A mí me dedica una rápida ternura, en la que apenas quedan atisbos de su fogosidad clandestina. Se ha convertido en un magnífico gobernador y en un espléndido príncipe del Mediterráneo cristiano, pero ya no es el magnífico saqueador de mis noches, el espléndido tirano de mis pezones...

Por eso he tramado toda esta amorosa conjura, con la desinteresada y cariñosa ayuda de Emilia y Yago. Por insinuaciones y falsos descuidos, hemos llegado a hacerle creer que coqueteo con su lugarteniente Cassio, un pisaverde fatuo pero bonito. Sé que esto ha de hacerle reaccionar: comprenderá los peligros de tenerme abandonada y los celos han de devolverle su antiguo fiero latido. Me he perfumado para él, me he puesto el más transparente de mis camisones de seda, algo insinuante y que se puede fácilmente desgarrar. Ahí llega; se acerca a mi lecho, mientras finjo dormir. Me cuesta mantener los ojos cerrados de tanto que me encandila su aliento querido: noto que me gana una íntima humedad ansiosa... Ahora se inclina sobre mí y le oigo susurrar: «¡He aquí la causa! ¡He aquí la causa, alma mía!... ¡Permitidme que no la nombre ante vosotras, castas estrellas! ¡He aquí la causa!...»

Monólogo quinto

Habla DRÁCULA

Nadie conoce como el vampiro la alegría de la noche. El día es un espejismo, una perturbación atmosférica: la noche es un complejo y rico estado de ánimo. Paladeo hasta el fondo, hasta el estremecido límite, el júbilo secreto de la noche. ¿Habéis pensado que en el día sólo se ven sombras, bultos que interceptan con su opacidad la luz, mientras que en la noche sólo se ven fulgores, destellos que desmienten la tiniebla? El objetivo del día es lo oscuro, lo opaco, mientras que la noche sólo sabe de resplandores. Pero sabe también que es la oscuridad lo que permite fijarse realmente en la luz y no en los bultos alumbrados por ella, lo mismo que yo sé que es la muerte perennemente padecida lo que faculta para dejarse fascinar plenamente por la vida. Para vivir algo más intenso, más refinado, más sabroso que el discreto sopor de temores y obligaciones llamado habitualmente vida, es imprescindible estar muerto y bien muerto. La muerte es el único interés de la vida, el único aliño que sazona su insipidez. Pero nor-



malmente se nos procura con excesiva generosidad: los hombres viven tan obsesionados por la riqueza pavorosa de la muerte que apenas tienen tiempo para fijarse en la vida, lo mismo que el exceso de luz diurna les ciega para todo lo que no sean sombras y borrones. Pasan su tiempo –lo *matan*, para ser exactos– tratando de alejar de sí la muerte, previniéndola, combatiéndola o infligiéndola a los demás, viendo morir a los suyos, compadeciéndoles, envidiándoles, calculando el tiempo que les falta para quedarse del todo sin tiempo. No es raro que sólo imaginen verdadera vida después de la muerte, sea gozada personalmente en un más allá o sea disfrutada por bienaventuradas generaciones futuras. Pero como el cielo es increíble y el futuro incierto, la vida aplazada no alcanza verosimilitud. Y, sin embargo, aciertan al menos en una cosa, en que para vivir hay que estar convenientemente muerto...

Tengo resuelto satisfactoriamente el problema que les aflige, como también a mí me afligió un día. He logrado que la vida sea mi único objetivo, mi única obsesión: a mí la vida me acecha y me colma como a ellos la muerte. Y no la vida laboriosa y pacificada del armónico futuro ni las arpas y nubes de insulsos paraísos dogmáticos: no, mi vida, mi maravillosa y plena vida, es la que prometen los pechos desnudos de las doncellas, la que vibra de riesgo y aventura, la que se afirma en el poder o en el terror, la que se cifra en la cálida sangre. Vida presente aquí y ahora, para siempre, sin límites. He tenido que pagar por ella, porque todo tiene un precio, pero no he sido defraudado en mi inversión. Estoy muerto, desde luego: ¿qué otro medio hay para gozar plenamente de la vida como algo positivo, no como un atropellado sueño que se nos escapa? Desde este lado de la muerte, la vida presenta toda su riqueza maravillosa, la sutileza desconcertante de sus experiencias, los prohibidos goces que el temor de la muerte hurta a los mortales. ¡Yo cabalgo el viento, soy señor de los lobos y de las tormentas, alimento con las mujeres más bellas pasiones que la luz del día ni siquiera puede soñar! Cierta noche, aquel inofensivo idiota al que alojé en mi castillo transilvano me vio descender *cabeza abajo*, como una monstruosa araña, por la inaccesible pared de mi torreón... Es el emblema de mi destino que más me agrada. Recuerdo con nostalgia y cierto fastidio mi viaje a la puritana Inglaterra: fueron aquellos absurdos personajes, el estúpido Jonathan Harker, el sombrío místico Van Helsing, las gazmoñas Lucy Westenra y Mina Murray, quienes crearon la fábula hiperbólica de mi maldad infernal. En Transilvania, un pueblo sabio y por tanto fatalista sabe que el mal es uno de los rostros inevitables de toda grandeza; pero los ingleses se pasman ante él como un escándalo e incluso una descortesía. Por lo visto esperaban que un Inmortal acatase discretamente los preceptos de la moral victoriana... ¡cuando ni siquiera los respetaban las figuras auténticamente nobles de esa época! Nunca entendieron en dónde residía mi peculiaridad: desde aquella brumosa jornada en que llegué al puerto de Whitby en mi barco tripulado por cadáveres, empezaron a inventarme una personalidad que tenía algo de Jack el Destripador y algo de Oscar Wilde, una suerte de Aleister Crowley fantasmal...

Sus códigos están bien para esa temerosa luz en la que se ven obligados a vivir los condenados a la muerte. Pero en mi tiniebla deslumbrante no hay lugar más que para la pasión. El día es ataúd, pero la noche trae el deseo y la aurora regalará sangre. Sólo yo, el muerto, el inmortal, podría contaros qué entrega deliciosa es la vida. Sólo yo, el rey de la noche.

Monólogo sexto

Habla TARTUFO

Mea culpa, reverendo padre, *mea máxima culpa*. Me arrodillo a vuestros pies en espera de que tiempos mejores me permitan levantarme... Voy a haceros mi confesión general, no para disculparme de las acusaciones que se me hacen y que desprecio, sino para condenar a mi vez a los que tan alocada o maliciosamente han vertido su inquina contra mí. Lo que me ha perdido es la incomprensión que ciega a nuestros contemporáneos respecto a los resortes que hacen funcionar su felicidad privada y la armonía pública. Confío de todo corazón en que vos, reverendo padre, como dignísimo e ilustrado miembro de vuestra santa Compañía, comprenderéis mis razones y me ayudaréis a elucidar en qué aplicación práctica fallaron mis sanas teorías, precipitándome en la triste situación en que me hallo. He llegado a la convicción –no creáis que sin largas rumias, pues soy de natural reflexivo– de que los hombres en general se aborrecen y desprecian ante todo a sí mismos. Nada más equivocado que suponer que la especie humana ha adquirido, con el paso de los siglos y el aumento de las luces, cierta benevolente autoindulgencia o que, dándose cuenta cabal de cómo es y qué quiere, acepta con naturalidad alegre la conclusión que se deriva de tales premisas. No, en absoluto: cuanto mejor se conocen, más se espantan los hombres de sí mismos; cuanto más seguros están de lo que ansían, más empeño ponen en disimularlo; cuanto más inevitables ven sus vicios, más feroz y desesperadamente predican la virtud. Todas las instituciones que la civilización ha producido tienen su raíz en el miedo de los hombres a lo que son y su justificación teórica en la necesidad de disfrazar permanentemente su verdadera naturaleza con mentirosos oropeles. Por lo que se ve, somos incompatibles con nuestros motivos: aquello que posibilita nuestra vida choca demasiado crudamente con la dignidad sublime que no renunciamos a tener y debe ser maquillado cuidadosamente. Alguien me dirá que lo que aquí se halla en conflicto es la elevación de los ideales pugnando con la bajeza de nuestra condición caída; pero ¿por qué no hemos de reconocer abiertamente que nuestros ideales no son para nosotros, que destruirían la especie humana si se cumplieran un solo día, que su fulgor abstracto no tiene nada que ver con el feroz ardor que realmente nos impulsa? Somos rapaces, concupiscentes, vengativos y violentos. ¿Se dirá que vivimos en sociedad *a pesar* de nuestra mala ralea? ¡Mil veces no y por el contrario: gracias a ella! Lo que nos hace tolerarnos unos a otros es precisamente la codicia y la voluptuosidad; lo que nos inclina ante una autoridad única, sin la que no habría Estado ni progreso, es el temor que nos tenemos unos a otros; lo único que nos hace aceptar y hasta buscar árbitros comunes es nuestro egoísmo, que trata de evitar las funestas consecuencias de la índole injusta y mentirosa que poseemos. Los verdaderos santos fueron anacoretas, eremitas, enemigos consecuentes de las apetencias del hombre y de las exigencias innobles que satisface la vida social: fueron destructores individuales de la comunidad humana, porque llevaron hasta su conclusión lógica el aborrecimiento secreto que todos nos profesamos.

No veáis en estas palabras, reverendo padre, un intento de reprobar la forma de ser de los hombres ni, aún menos, el germen de un propósito de transformarlos. Nada más lejos de mi ánimo que cualquier proyecto regenerador. No, lo único que pretendo es entenderlos y entenderme, para alcanzar mi provecho por los medios más adecuados y sin confundir lo que se dice sobre las cosas con lo que las cosas realmente son. Si los hombres se engañan o fingen engañarse constantemente sobre sus verdaderos intereses, si enmascaran sus móviles y consideran monstruoso lo que no es en verdad sino demasiado normal, mientras ensalzan como ideal lo que sería auténtica monstruosidad en el caso de realizarse en este mundo, esto no puede deberse a puro vicio de su corazón o de su intelecto. Dios o la naturaleza –como dice el docto Spinoza– no consentiría tal aberración si no fuera absolutamente imprescindible para la conservación de la humanidad. Y la ilusión sobre sí mismo sin duda es necesaria al hombre para no hundirse de nuevo en esa animalidad de la que está todavía demasiado próximo. Puedo cruzar una estrecha franja de madera si la dispongo a medio metro del suelo, pero me resulta infranqueable si pasa sobre un hondo abismo; si alguien quiere capacitarme para recorrer la tabla sobre el precipicio, deberá convencerme –por hipnosis o persuasión– de que éste no tiene más que unos pocos centímetros de profundidad. Del mismo modo, padre mío, el hombre necesita engañarse sobre la condición vertiginosa y sulfúrica de los cráteres que subyacen su alma, para poder circular por encima del vacío con ánimo sereno y pie firme. Algunos animales han sido dotados por la naturaleza de la facultad de camuflar sus formas o de fingir unas armas, tamaño y ferocidad que en realidad no les corresponden para, de este modo, burlar el acoso de sus enemigos. Pues bien, posee un don muy semejante el hombre pero, como su mayor enemigo es él mismo, lo tiene predispuesto para funcionar cara a su propia especie. Actor y público de un espectáculo cuyo argumento no por fantástico es menos creído, finge ser lo que no es, querer lo que no quiere, aborrecer lo que ama y desdeñar aquello en cuya persecución corre... ¡y todo ello para conseguir el cumplimiento de unos anhelos feroces que le han sido dados y de los que es tan poco responsable como del sol que sale cada mañana!

Estas verdades me parecen claras y distintas, como exigía en su método el sabio Cartesius. Y ahora yo os pregunto, doctísimo y pío padre: ¿qué hacer cuando uno ve claramente la falsedad de los usos humanos y sabe, sin embargo, que tal falsedad es necesaria? ¿Cómo fingir cuando, por accidente o estudio, se ha descubierto más allá de toda duda el entramado celosamente oculto tras las bambalinas? Hay que fingir, es claro; pero hay que fingir sabiendo que se finge, lo cual no es nada fácil. Los demás son actores espontáneos, que ignoran la

mayor parte del tiempo el papel que representan, mientras uno debe esforzarse consciente y deliberadamente por hacer verosímil su personaje. No es sencillo llevar máscara con naturalidad más que cuando uno la toma por su propia cara... Lo he intentado lo mejor que he podido, pero finalmente no he logrado evitar el cometer uno o dos fallos triviales que luego se han revelado decisivos. Todos me han vituperado y abrumado con el furor que deberían volver contra sí mismos si se atrevieran a saber lo que yo sé. Mi pecado consiste en haber sido sinceramente hipócrita entre tantos hipócritas sinceros; la única defensa –o venganza– que imagino contra quienes me han arrebatado triunfalmente mi máscara es señalarles la evidencia de la suya. Sé que de este modo pongo en peligro el orden todo del mundo, pero debo admitir que su conservación no me interesa tanto como antes. Al contrario, no me importaría ver derrumbarse las universidades y las iglesias, las morales y el lírico pedestal del amor. Dígame, padre, ¿será que me aproximo a la santidad?

Monólogo séptimo

Habla ULISES

No hay nada peor para los mortales que andar errantes por el mundo. Creo que tengo derecho a decirlo, yo, a quien los inmortales han zarandeado durante tantos años y quizá vayan a seguir haciéndolo todavía durante mucho tiempo. No pienso que mis aventuras –sería injusto llamarlas patéticamente «desventuras»– hayan acabado por fin, aunque he conquistado de nuevo mi reino y mi esposa, he abrazado la nobleza viril de mi hijo y la dignidad de mi padre, he vengado mi casa ultrajada por desaprensivos saqueadores, he acariciado por última vez la cabeza de mi perro Argos, que me reconoció antes que nadie, he vuelto a disparar mi arco colosal: ahora duermo en mi lecho inamovible, sobre su hondo pedestal de olivo, pero sé que mi vagar todavía no ha concluido. Debo partir, para cumplir una profecía; quizá salga mañana, quizá dentro de un mes o un año: debo partir. Cuando conjuré a las sombras del Hades, tuve que vedar a los muertos el acceso a la sangre vertida, que yo reservaba para el adivino Tiresias; todos querían gozar un poco en el negro charco, para disfrutar de un atisbo de pálido calor y comunicarse con alguien aún vivo, pero yo les alejé de la sangre con mi espada desnuda, aunque algunos de los primeros que se acercaron me eran tan queridos como mi compañero Elpénor o mi propia madre Anticlea, cuya muerte yo aún ignoraba; ninguno probó el licor que les permitiría concretar levemente su doliente impalpabilidad, hasta que llegó Tiresias. Muchas cosas y todas fatalmente cumplidas más tarde me auguró el espectro del vidente: habló de mis naufragios y de los peligros que me acechaban. Adivinó también la muerte de mis compañeros y mi triunfo cautelosamente conseguido al llegar a Ítaca. Todo se ha cumplido, como digo, salvo el final de su profecía: «Cuando hayas vencido a tus enemigos y te sientes de nuevo en tu trono, toma un remo y parte hacia las tierras de los hombres que nunca oyeron hablar del mar ni de la navegación. Cuando te encuentres con un ser humano que no sepa qué es lo que llevas sobre tu hombro, clava el remo en el suelo y ofrece un sacrificio generoso a Poseidón. Si así lo haces, tendrás una vejez dichosa y una muerte dulce te llegará del mar». No entendí bien estas últimas palabras: no estoy seguro de si me dijo que alcanzaría un suave fin lejos del mar o que del mar me llegaría el fácil tránsito. ¡Qué más da! Lo único que importa es que también esto debe ser cumplido. Me alegra saber que he de morir lejos del mar o por su causa, porque lo detesto y la más dulce de las muertes no podrá sin duda mitigar este odio.

Este transitorio reposo que he alcanzado me lo amargan los mudos aullidos de los muchos que me han odiado, asediando ahora mismo –¡ahora mismo!– con su resentimiento impotente pero incansable el solaz largamente esperado de mi palacio. Oigo sin cesar a Palamedes, a quien se dice que traicioné por envidia de su ingenio rival, oigo los escalofriantes alaridos de perro herido que lanzaba contra mí y contra el universo entero el arquero Filoctetes, oigo los bramidos del Cíclope

ciego, al que el dolor despertó de su embriaguez bestial: iay, cómo no oír los reproches de acíbar del suicida Ajax, que hasta en el infierno me volvió la espalda, y los lamentos de Hécuba y los de Dolón, al que persuadí con engaños para que delatara a sus conciudadanos y luego dejé ejecutar, y todos, todos los de Troya entera cuando el gran Caballo parió su camada de sangre y llamas! Noto el odio de todos ellos sobre mí, como un sudario húmedo, como la tónica emponzoñada que la celosa Deyanira hizo vestir al pobre Hércules... Me llaman Odiseo y unos dicen que tal nombre se deriva de «jefe» y otros de «lobo», pero yo estoy mejor informado, pues se lo debo a mi abuelo Autólico, aquel astuto trapisondista que me llamó Odiseo, esto es, *el odiado por muchos*. iBien se cumplió en mí esta profecía! He sido jefe y lobo, sin duda, pero ante todo he sido odiado por muchos: me alivia pensar que volveré a ser Nadie, como en la cueva de Polifemo, y que tal es quizá mi verdadero nombre.

A fin de cuentas ¿qué héroe puede serlo realmente y no granjearse el odio de los muchos? Aquiles, Héctor, Agamenón... todos fueron odiados y temidos, todos sufrieron la babosa maledicencia de algún Tersites. No, estoy mintiendo, lo sé y hoy no quiero o no puedo mentir: ellos no fueron detestados del mismo modo que yo. Eran héroes *rectos*, sin trasfondo, temibles como el huracán (pero nadie odia al huracán) y peligrosos como niños salvajes (pero en todo corazón conquistan los niños espontánea dulzura). No es ése mi caso, héroe curvo, cóncavo, héroe que sabe plantarse *frente* a su enemigo y herirle *por detrás*. No soy sable ni lanza, soy la red o la muerte inopinada que viaja en la saeta: no desgarro ni trituro, sino que envuelvo, sujeto y asfixio. Descubrí un secreto mortal que los hombres no me han perdonado ni quizá me perdonen jamás: no hay arma tan aniquiladora como la red de las palabras, como la urdimbre razonable que penetra todas las corazas y desvía la amenaza de los más fuertes brazos. Ya el mundo antiguo es imposible y todos me culpan de ello, sólo porque me he adaptado *demasiado* bien al bífido manejo de las encrucijadas verbales. No tengo remordimientos ni apenas orgullo: es Atenea quien siempre ha puesto su mano de luz sobre mi cabeza. Casi siento lástima (no sé si de mí mismo o de los otros) al decirlo: soy el más fuerte. Cuando navegamos frente a las rocas donde acechan las sirenas, hice taponar con cera los oídos de mis compañeros y pedí que me ataran al palo mayor, para no arrojarme a sus musicales garras; pero nunca he contado lo que de veras oí entonces. Pues bien, no oí *nada:* sin duda las sirenas escuchaban. Entonces rompí a cantar.

Monólogo octavo

Habla DULCINEA

No vayan a creer vuesas mercedes que soy una moza lánguida y amiga de embelecos sin bulto, de los que no se palpan ni se sienten pero hacen llorar. Arredro vayan de mi vera los pálpitos inexplicables, los suspiritos de malcasada o los vapores y calorinas de monja: no soy doncella, eso ya lo saben –y bien que lo aprovechan– todos los mozos del Toboso y hasta más de uno de Argamasilla. Nadie da serenatas a la ventana de mi casa, que no se abre sobre jardín palaciego sino sobre la era, porque soy fácil de localizar en el pajar o en cierto rincón que yo me sé –y otros muchos también lo saben– de la arboleda por donde pasa el viejo camino sur. Además, los desmayos mal se avienen con mi conformación natural, que es más bien garrida y propia para realizar trabajos como de hombre, no para alferecías y palideces de señora principal. Vean mis brazos, más fuertes y renegridos que los de mis propios hermanos; en cuanto a la voz, desde lo alto del campanario de la iglesia me hago escuchar de mi padre cuando está segando, miren por esto vuesas mercedes si soy yo niña bonica o moza muy hecha y derecha. Ya se ve que no soy fina ni hermosa, pero tampoco contrahecha ni de tal modo desfigurada que no pueda un hombre sencillo solazarse en mi compañía y hasta solazarse mucho, porque es sabido que, cuando las ganas de por abajo aprietan, el aliento a ajos parece fragancia de ámbar y no hay en la algalia perfume tan adecuado al trajín carnal como el honrado sudor. Digo todo esto para que bien se sepa que nada tengo que ver con las Melibeas o Melisendas de los libros mentirosos, donde cada zagala resulta ser ignorada princesa y donde todas las labradoras son hermosas como vidrieras de catedral, puras como losas de sepulcro e ilustradas como un bachiller de Alcalá. Ni soy ni quiero ser más que Aldonza Lorenzo, hija de un modesto labrador del Toboso, moza trabajadora y útil en la casa y en el campo, a la que no hace falta requebrar demasiado galanamente para conseguir que atienda las súplicas amorosas, ni prometer lo que no se ha de cumplir para que acceda a las caricias, ni hay que robar por la fuerza lo que ella concede de muy buen grado.

Ahora entenderán mejor vuesas mercedes lo que he de contarles, un sucedido picante sobre cuya gracia poca o mucha vuestra generosa disposición sabrá juzgar. Pues fue que me hallaba yo ahechando trigo en casa de mi padre cuando se me presentó un compañero del pueblo vecino al que tenía vagamente visto de antes, un tal Sancho Panza, labrador de su estado y hombre sencillo y cumplido. Venía con la más extraña encomienda que imaginarse pueda: por lo que me explicó el buen hombre con muchos circunloquios y abundantes refranes, no todos bien traídos a cuento, se trataba de cierto hidalgo que había dado en creerse caballero andante y que me había elegido a mí como dama de sus pensamientos, llamándome en su desvarío con el poco cristiano nombre de Dulcinea, que más bien parece gracia moruna o rótulo de planta medicinal. A tal señor yo no le había visto en mi vida, ni según parece él tampoco había topado nunca conmigo, aunque no por ello estaba menos rendidamente enamorado de mis desconocidos encantos. La cosa parecía, como puede verse, burla y aun algo pesada, tanto más cuanto que el dicho caballero no parecía incluir entre sus planes inmediatos proponerme honesto matrimonio, cosa que yo, desde luego, no hubiera tenido prisa alguna en aceptar. Por lo que Sancho decía, mi enamorado esperaba a las afueras del pueblo que yo le diese venia para besarme los pies. Repuse muy gentilmente que la hija de mi madre no era princesa ni arzobispo para que nadie hubiera de besarle los pies, ni tampoco tan boba como para no saber que no es bueno mezclar lo que Dios ha separado ni una aldeana puede creer en amor de hidalgo cuando no ha mediado ni una palabra entre ambos ni siquiera una mirada o el más mínimo gesto de natural acercamiento. Insistió Sancho Panza con las mejores razones y modos del mundo, para vencer mis recelos más que justificados; le repuse yo de nuevo a mi modo, creo que no sin picardía y propiedad. De lo uno pasamos a lo otro y él me fue contanto sus muchas peripecias como escudero del hidalgo, las más de las cuales habían acabado con perjuicio de sus costillas; también me habló de su amo y de tal modo que, aunque decía seguir a su lado por el interés de no sé qué ínsula que se le había prometido, más bien pienso que no le abandonaba por puro cariño, pues lo retrataba como si fuera un santo, aunque algo falto de seso, como quizá lo sean todos los demasiado altos de espíritu. Y seguimos hablando, y hablando, porque él se encontraba bien conmigo y a mí me gustaba su honradez y franqueza.

Ya se irán imaginando vuesas mercedes cómo acabó la cosa. Poco a poco pasamos a hablar más de nosotros y menos del esforzado caballero andante que me esperaba sin conocerme. Ya he dicho que no soy esquiva y Sancho, aunque casado y leal por naturaleza, tampoco estaba en vena de hacer remilgos a la ocasión que se le ofrecía. Jugamos largo rato, con gran contento por ambas partes. Cuando acabamos, él volvió a acordarse de su amo y del encargo que traía; yo, que



me sentía generosa y con ganas de seguir enredada en la misma madeja que acababa de ceñirme, le dije que podía traer a su caballero si quería, pues estaba dispuesta a darle a él también el mismo regalo con que había obsequiado al escudero. Pero Sancho no quiso ni oír hablar de ello: hasta me dijo algo secamente que bien se veía que yo no entendía nada de caballerías y que no iban las cosas del mismo modo con el escudero que con el propio caballero andante. No entendí bien sus razones, pero pienso que quizá tuviese algo de vergüenza por haber traicionado la confianza de su señor o a lo mejor celos de compartir con él mis caricias. Lo cierto es que se fue con mucha prisa, dispuesto a contar a su amo que no me había encontrado o cualquier otro embuste parecido; y al marcharse me llamó Dulcinea, como si no supiera de sobras que no soy sino Aldonza Lorenzo.

Monólogo noveno

Habla MISTER HYDE

La mía era una vida impúdicamente feliz. Mi jornada de placer —no la tenía de trabajo— comenzaba a la caída de la tarde, de cualquier tarde. Salía a la calle con mi traje postinero, mi bastoncillo de junco o mi sólido bastón-estoque si pensaba adentrarme esa noche por Whitechapel o alguna otra zona *non sancta* de la gran ciudad, mi flor malva adormecida en el ojal de la solapa, el sombrero duro y festivo como una copa de *champagne*... Todo Londres era mío: ¡la ciudad más excitante del mundo era mi coto privado de caza y aventura! A lo largo de las horas, mis goces iban conociendo una evolución hacia lo oscuro. Primero el espectáculo frívolo del día, desde el palco de cortinillas discretamente echadas del que surge de vez en cuando un discreto billetito para una corista; luego, la cena en el mejor restaurante, los vinos franceses de añadas legendarias, la cúpula de plata que conserva la tibieza del asado, el llamear burlón de ese dulce autodafé que es el *soufflé* al ron... Y en cada lugar, más y más sobre todo según el alcohol va mellando la imbécil cordura que resguarda la convención, me permitía el exquisito estímulo de una *cierta* brutalidad, de un punto chispeante de grosería que incurría francamente en lo ofensivo sin hacerse totalmente intolerable. Dejaba detrás mío un rastro de papanatas con patillas rizadas por la indignación refrenada y de escotes enrojecidos y palpitantes por algún envenenado escarnio cuya sutileza desarma toda posible respuesta o pediría como la más adecuada una tan tremenda que nadie está en principio dispuesto a darla. Los locales se iban haciendo cada vez más sórdidos, la risa de las mujeres más estruendosa y provocativa, el humo de los cigarros más acerbo: del *champagne* pasaba al *cognac*, del *cognac* a la ginebra. Era el inicio crepitante del verdadero peligro, las mesas se volcaban con facilidad, los dados o los naipes pedían sin pensarlo dos veces testimonio a las navajas... Pero yo he sabido siempre mirar de tal modo que la mano armada quedara sin fuelle y sin sangre; yo sé el gesto que vuelve a los matones unos contra otros, riendo ignoran la figura provocativa que abandona riendo el local.

La noche no acababa con los gritos de la prostituta en el afelpado silencio de mi tugurio secreto en aquel barrio malo. A veces me llevaba horas elegirla, luego se me hacía imprescindible como en un relámpago. Siempre la elegía muy borracha, atiborrada de ginebra pura, preferiblemente con algo de *querido* en su inevitable vulgaridad: yo detecto esas cosas. La edad, el tipo, eran lo de menos, pues cada peculiaridad brinda su propia delicia al goce. Gritaban todas de modo aterrador, eso era lo importante: ¡pronto se les disipaba la parcial anestesia de la embriaguez! Pero, por increíble que parezca, hubo algunas a las que llegó a gustarles mi trato; me buscaban después como perras escocidas, aunque nunca quise repetir con la misma. Con las dos que mejor se portaron hubiera sido imposible, por otro lado... Pero la noche no acababa aquí. Era a la vuelta a mi casa, ya de madrugada, cuando lo más delicioso podía tener lugar. Cruzaba las calles elegantemente residenciales llevando dentro de mí todo el chapoteo de los rincones prohibidos de donde venía. Los transeúntes rezagados sabían evitarme como si olfateasen el bajo vientre de mi saña. Una de esas magníficas madrugadas fue cuando tropecé con aquella niña de ocho o diez años, a la que mis bastonazos no lograron más que hacer gritar cada vez más: aparecieron los vecinos, sus padres, qué sé yo... apenas pude salir bien librado sobornando con

cien libras a aquellos piojosos energúmenos. Pero hubo testigos que se fijaron en el número de la casa en la que entré para buscar el dinero y eso luego me trajo complicaciones...

Toda esta existencia dichosa y despreocupada ha llegado a su fin. Jekyll me ha declarado abiertamente la guerra. No se resigna a mis excursiones, a mi presencia cada vez más activa en su intimidad. Ahora se debate como una fiera cuando me acerco a él, me impone sus obsesiones y sus límites: quiere confinarme en el tedio empeñoso de su laboratorio, en la mediocridad aterrorizada y anhelosa que llama la «morigeración» de sus costumbres. Me propina con frecuencia insoportables veladas con sus amigos, donde la diversión se reduce a una interminable charla junto a la chimenea con una copa de *cognac* en la mano o un ponche, si el tiempo es frío... ¡Y qué conversaciones! Jamás se atrevería a hablarles de mí, que soy lo único que le preocupa, lo único que realmente desea y por tanto lo único a lo que teme. Se retuerce para no mencionarme, sufre como un condenado pero no suelta prenda: incluso prefiere pasar por loco o por cómplice de un malvado. Garrapatea para desahogarse el diario con el que cuenta darse ánimos. Terminará matándome y ambos lo sabemos. Yo no puedo impedirlo ni librarme de él antes de que encuentre la fórmula para aniquilarme. Lo que quizá sí esté a mi alcance —a esta posibilidad se aferra ahora todo mi rencor— es llevármelo por delante cuando acabe conmigo. ¡Ah, sí, miserable, ese tósigo que me preparas ha de unirnos para siempre! Ya no he de volver a mis rondas golfas de brumas y jadeos, pero tú tampoco volverás tranquilamente a tu club y a tu Academia. Aunque sospecho que nada te importan, después de haberme conocido. Maldito Jekyll, ¿por qué me quitas lo que más deseas?

Monólogo décimo

Habla PIMPINELA ESCARLATA

No soy un político; se me malinterpreta cuando se supone que tengo motivos *políticos* para oponerme a la Revolución. Afortunadamente para mí, pertenezco a un tipo de hombres anteriores a la invención lamentable de la política. Tampoco sería exacto decir que soy un moralista, aunque evidentemente esa especie de *estética de la generosidad* que es la moral me parece indispensable ornato de cualquier alma noble. Pero no han sido solamente cuestiones éticas las que me han enfrentado a los sublevados franceses. La verdad es más honda, es decir, más *superficial*, porque en mí es precisamente lo que está más calado en mi sangre desde el pasado lo que adquiere espuma de flor de piel. Es en los gestos más irreflexivos donde realmente habla el abolengo y así se distingue al aristócrata de raza del comprador de títulos. Pues bien, la Revolución me parece una gigantesca *descortesía*. Es algo así como la quiebra definitiva de las buenas maneras, sucedida precisamente en el país que las había llevado hasta su ápice. Esto no es accidental: cuando la verdadera cortesía —que consiste en un acatamiento instintivo del rango, sin abyección, brusquedad ni rencor— se diluye en remilgadas zalemas y alambicadas normas de etiqueta para bailar un rondó, algo ha quedado exangüe en la vitalidad cultural de un país. En el momento en que la jerarquía no es tradición, sino abuso, y la servidumbre deja de ser una necesaria condición social para convertirse en resultado de un expolio, la cortesía se degrada a hipócrita amaneramiento y del sagrado orden de los estados se pasa al profano y profanador Estado único. Pero, Dios mío, me estoy poniendo enojosamente doctoral, parezco uno de esos insoportables *philosophes* que convirtieron a Inglaterra en su ideal político de modo tan desafortunadamente intelectualista que han propiciado en Francia todo aquello que los ingleses hemos sabido cautamente evitar...

En último término, y tampoco es un secreto demasiado oculto lo que os revelo, soy sencillamente un *sportsman*, que es la forma más digna y menos enfática de ser aventurero para un auténtico *gentleman*. ¡Ah, el alba de plata de la aventura, cuando mi veloz *Day Dream* zarpaba hacia las costas francesas...! Y luego el disimulo excitante de los disfraces, el plan cuidadosamente trazado y la enérgica fidelidad de los compañeros de mi liga, sir Andrew Foulkes, lord Tony Dewhurst, lord Hastings... ¡Buenas cazas hicimos, a fe mía! Arrebatamos aristócratas a la guillotina de la carreta misma que les llevaba al cadalso o de las cárceles más inexpugnables. La Convención no logró hallar precaución efectiva contra nuestra audacia. En el calabozo vacío, en la posada adonde una delación secretamente intencionada llevaba a los esbirros, sólo hallaban un pedazo de papel con una pequeña flor roja y una burlona cancioncilla que subrayaba su incompetencia. Paseando por el París del Terror, tras una máscara que en cualquier momento podía caer, al filo mismo de la Viuda Roja, sentí el íntimo júbilo de la verdadera nobleza: yo era el *solo* frente a los *muchos*, el elegante animal de presa que no necesita ampararse en el calor de establo de la multitud sino que prefiere la fraterna compañía de sus iguales, de sus *pocos* iguales. Fui el cazador que ronda cuando los demás duermen, el que no necesita centinelas que le amparen ni proclamas constitucionales que le concedan unos derechos que él sabe conquistar por sus propios medios. No fui duro ni cruel: el fuerte no necesita serlo, aunque sabe serlo sin remordimientos. Todavía recuerdo la pequeña mano del Delfín en la mía, aquella noche de tormenta, cuando le saqué de París hacia la frontera y la libertad... Se durmió en mis brazos, el hijito de Luis XVI, y ya no era el pequeño rey de Francia ni yo seguía siendo sir Percy Blakeney o Pimpinela Escarlata, sólo éramos un niño con susto y frío y un hombre que le protege contra los espantos de la noche. Hubo amor también, Dios nos bendiga, y sólo por haberme proporcionado la



oportunidad de rescatar a Margarita Saint-Just debo estarle eternamente agradecido al sanguinario Robespierre y demás fanáticos. Aunque lo cierto es que no me adormecí demasiado en los blancos brazos de mi actriz: no, yo debía volver una y otra vez a Francia, fascinado, cautivo... ¡Diablos, no todos los días ocurre una Revolución que le proporcione a uno un estupendo y literal deporte de reyes!

La canalla me inspira tan poco respeto que creo que me hubiera aburrido si no llego a tropezar con Chauvelin, el aristócrata traidor a los suyos que se convirtió en mi mortal enemigo. Era mi antítesis, la personificación de los estragos éticos que provocan un exceso de astucia política en una persona que por su cuna debería haber aspirado a cosas más altas que el Poder, que después de todo sólo es delegación e impotencia propia. ¡Vieja comadreja de Chauvelin! A su modo, era un hombre de valía. Si no hubiese abrazado absurdamente las ambiciones y valores del rebaño, hubiera podido llegar a ser un agradable compañero en cualquier cacería o, al menos, un discreto jugador de *cricket*...

Monólogo undécimo

Habla PHILEAS FOGG

Señores, seré breve: no me gusta perder el tiempo. No me interesan los viajes, ni las beldades exóticas, ni los volcanes nimbados de cóndores, ni los mares atormentados, ni el hielo, ni el desierto, ni la jungla. Un tigre no es ni más ni menos notable que un coche de punto y no creo que sea motivo suficiente para extasiarse ante él la peculiaridad puramente accidental de que haya más bien pocos cerca de donde vivo, mientras que nunca me faltan coches. Un cielo perfectamente despejado o uno de nuestros londinenses días de niebla son tan pasmosos o triviales como cualquier aurora boreal: a esta última sólo la prestigian su relativa rareza y los diversos avatares geográficos que nos vedan su común contemplación. Me parece de una deplorable vulgaridad la admiración de lo lejano por lejano, de lo escaso por escaso o de lo insólito por insólito. Es como si uno alzase la casualidad a categoría estética y decidiera que sus valores se guiaran por los insignificantes caprichos del atlas. En último término, estos arrobos estereotipados me resultan sospechosos de falta de imaginación. Sí, señores, afirmo que no es la imaginación lo que nos hace salir de casa a correr mundo, sino precisamente la ausencia de ella; el imaginativo, por el contrario, puede permitirse el raro lujo de permanecer sin zozobra en su salita de estar. Todas las peripecias que necesito las obtengo cotidianamente entre las cuatro paredes del Reform Club: la estimulante y a la par exacta inventiva del *Times*, el masaje espiritual que comporta el criticismo del *Standard*, la precisión sin concesiones ni remilgos del *Morning Chronicle;* allí también el pellizco azaroso de una partida de *whist*, en que la inteligencia se ve obligada a administrar de la mejor manera posible los elementos favorables o desfavorables que le han tocado caprichosamente en suerte, y el reposo saludable y sin estridencias de una charla cortés con personas educadas...

Quizás algún oyente superficial exclame, al llegar a este punto: «Pero ¿no es aburrido hacer todos los días lo mismo?» Mi respuesta: quien se aburre con la repetición, porque es incapaz de disfrutar las sutiles diferencias que ella nos trae, no logrará más que repetir su aburrimiento, cambien cuanto cambien sus hábitos cotidianos. Un espíritu verdaderamente observador, imaginativo y sensible a la variación inagotable de la vida, prefiere moverse dentro de un marco idéntico sobre el que destacan mejor las delicadas oscilaciones de lo real. Cualquiera es capaz de apreciar en qué difiere la City de las cataratas del Niágara, pero muy pocos, en cambio, pueden distinguir la City de la City, la irrepetible peculiaridad de la City de cada día: sólo por lo mucho que las cosas se parecen a sí mismas podemos estar seguros de que en algo cambian, mientras que si abandonamos nuestro decorado y costumbres a cada momento nunca salimos de entre estereotipos inmutables. Por eso quien está auténticamente enamorado de lo vario y tiene honda capacidad para disfrutarlo, no puede hacer cosa mejor que anclarse para siempre en la rutina de un club inglés. Entre sus maderas nobles y sus alfombras silenciosas, en la oscuridad cálida y vivaz de la copa del viejo *sherry* que preludia la cena, un prodigio se repite meticulosamente día a día: el de la estabilidad del mundo, siempre idéntico y siempre temblando un poco, como un espejismo, hacia la disidencia de sí mismo. Quien se mueve perpetuamente da por garantizada la solidez de las cosas y es incapaz de imaginarlas como no siendo o como contraviniendo lo que antes fueron: por eso gusta de acumular insulsas novedades en su repertorio de arquetipos; pero quien, más imaginativo, presiente la posibilidad del caos, goza con agradecido escalofrío de los dones de la regularidad y de la improbable reiteración de lo conocido.

Señores, rechacemos la admiración bobalicona motivada por datos extrínsecos de rareza o lejanía, que nada aportan a la naturaleza esencial de nuestra relación con el mundo. Veneremos sólo la única maravilla indiscutible que marca la inserción de lo humano en el cosmos: la puntualidad. Mitad virtud sociable y mitad profecía, en la puntualidad se dan cita nuestros más altos dones, desde la previsión científica hasta la capacidad de prometer (sello esta última, según un pensador alemán contemporáneo, de la vida civilizada), desde el rigor del cálculo hasta la energía del método y la generosidad resuelta. «Dueño de la hora» llaman los musulmanes chiítas al anhelado Mahdi cuya venida justiciera aguardan; y dueños de la hora, de todas las horas, somos quienes hemos llegado al milagro discreto de sobreponernos a la contingencia y lo arbitrario. Para el puntual no hay obstáculos, pues precisamente en el vaticinio y control de éstos reside el secreto de su exactitud. ¡Ah, señores, qué sabe el desordenado o el volatinero del júbilo implacable que produce a cada instante el cumplimiento riguroso de un horario previsto! Vencer la conspiración de las cosas que trata de retrasarnos, de desviarnos o perdernos, es una nueva tarea hercúlea, vía esforzada pero serena hacia una perfección íntima libre de arrebatos. Lo que he logrado dando la vuelta al mundo en ochenta días no es ni más arriesgado ni más meritorio que la precisión cronométrica con la que desde hace veinte años tomo mis almuerzos en el Reform Club. Nada he ganado en este viaje que ya antes no tuviera, nada salvo el derecho a no moverme más de mi centro natural... ¿Y Aouda, me preguntarán ustedes? Señores, se trata sencillamente de mi mujer y yo no vengo a este club a dar publicidad a mi vida privada.

Monólogo duodécimo

Habla MEFISTÓFELES

Como soy de esa raza afortunada para la que la vanidad es virtud, no he de incurrir en disimulos de falsa modestia y quiero proclamar que en mi ya larga carrera de tentador han menudeado mucho más los éxitos que los fracasos. Soy un científico y a esta vocación debo fundamentalmente mis triunfos; junto a tanta improvisación y tanta truculencia barata como imperan desgraciadamente entre los nuestros, destaco como profesional de preparación rigurosa y metódica, poco dado a hacer concesiones al mal gusto que nos viene de la tradición hagiográfica y preocupado tan sólo de la eficacia de mi gestión. Soy destacado y por ello se confía en mí. ¿Debo decirlo todo? En el Infierno falta celo, falta pasión, entusiasmo, en una palabra: falta *fuego*..., que es, sin embargo, lo que a mí me sobra. Nos morimos inacablemente de tibieza, incapaces de repetir los pasados alardes o de inventar nuevas formas de zapa. La rutina es un hielo mil veces más paralizador que el que Dante, con su gesto teatral y paradójico, puso en el corazón de nuestra Casa. Quedamos todavía algunos que nos tomamos con fervor e iniciativa creadora nuestro destino eterno... Quedamos algunos, pero nuestro nombre ya no es Legión. Si no se produce una renovación a fondo de nuestros efectivos temo que nos instalemos perennemente en la decadencia; pero ¿de dónde podría venirnos sangre nueva a nosotros, los inmortales? Y lo más curioso e irritante de todo esto es la autocomplacencia victoriosa que ha cundido entre los que, para entrar donde están, debieron antes renunciar a toda esperanza. Se repiten beatíficamente —¡con infernal beatitud!— los tópicos más abyectos y desmovilizadores: que si nuestra mejor aliada es la indiferencia, que si no hay camuflaje superior a que nadie crea en nuestra existencia real, que si todo rueda hacia abajo por ley... de gravedad y mil sandeces del mismo corte. ¡Como si la abulia teológica de los hombres, su incapacidad para cualquier esfuerzo teórico, hasta para el escepticismo agresivo, no debiera dañar a nuestra causa maldita, que desde el primer día utilizó como su instrumento privilegiado el afán de conocimiento y esa duda corrosiva que sólo fructifica en quienes se toman muy en serio las ideas! ¡Como si la inercia no funcionase manteniendo precisamente el orden contra el que nos sublevamos y que sólo nuestro empeño subversivo, nuestra imaginación destructora, puede comprometer... o quizá corroborar definitivamente! Pero, alto, basta de quejas; cada uno debemos llevar resignada o desesperadamente nuestra cruz, que a fin de cuentas es para todos la misma: no podemos evitar que el omnipotente sea siempre Otro.

Entre tantos éxitos, un fracaso. ¡Y qué fracaso! Una equivocación que ha alcanzado dimensiones cósmicas, una derrota que los comentaristas rencorosos han querido convertir en signo seguro de que el mal tiene en último término la partida perdida. Un personaje de mi valía tiene forzosamente que abundar en enemigos; en este mundo y en el otro sobran envidiosos que acechan con delicia el traspié de los grandes. Además, sirvo a una causa milenariamente calumniada. Nada más lógico, pues, que se haya celebrado con tal bombo y platillo mi modesto tropezón. «Dejaste escapar el alma de Fausto —me gritan hasta las piedras; fuiste engañado, le serviste con obsequiosidad de esclavo y no lograste más que allanarle el camino hacia la salvación eterna...» ¡Qué manera de simplificar las cosas, de juzgarlas con más partidismo que penetración! ¡El alma de Fausto! Pero ¿es que acaso tenía Fausto un alma? Así lo pensé, lo *esperé*, durante todo el tiempo que estuve a su servicio... Sólo su alma podía compensar las molestias que me tomaba por él. Aunque esto del alma hay que entenderlo bien: yo no quería llevarme el alma de Fausto a una caldera de pez hirviente ni someterlo a alguna otra fastidiosa penitencia de las que abundan en el Erebo cantado por el florentino e ilustrado por Doré. ¡Por favor, todo eso son niñerías y no soy un adolescente sádico, sino un científico, como antes he dicho ya! No, mi táctica, es decir, *nuestra* táctica —ahora sí que me llamo Legión— para hacernos con el alma codiciada consiste en introducir en ella el principio opuesto a lo que esencialmente la constituye. Hay que estudiar previamente el alma y atacarla hincando en su núcleo más íntimo lo que mejor puede desmentirla: así atacamos la pureza con el desenfreno, pero también sabemos tentar a la alegría con el ascetismo; al contento de sí mismo lo destruimos con la compasión, mientras al modesto e inseguro lo emborrachamos de súbita suficiencia. Es toda una ciencia, incluso diría que un arte: consiste en impedir que cada alma llegue a ser plenamente lo que es.

Me equivoqué con Fausto: lo reconozco, pero no con humildad sino con luciferino orgullo. Fue un error grandioso, inolvidable. Hice mis cálculos con toda sutileza, sondeé durante largos años su conducta, interrogué en sueños a sus más próximos allegados. Fue un estudio perfectamente riguroso y verificado de manera impecable: el alma de Fausto estaba hecha de la más sólida y noble *autonomía* de contentos y quereres. Se bastaba a sí misma y bebía en su propio pozo la esquiva plenitud. Le ataqué, pues, con la insatisfacción de sí mismo, con el anhelo de lo ajeno, de lo exterior, con el vértigo de empresas amatorias o políticas que le desviasen a su fuerza propia. Terrible equivocación, lo admito. Aquel miserable no tenía alma ninguna y por eso parecía rebosante de ella: estaba poseído por el frenesí inacabable de los proyectos, por el hacer y hacer de nuevo sin otra meta que la acción misma... Le proporcioné lo más acorde con su vacua naturaleza; pienso que fue él, en realidad, quien me tentó a mí. Sí, fui yo, sólo yo y no Dios, quien salvó a Fausto.



Monólogo decimotercero

Habla SIMBAD

¡Ensalzado sea Alá, el Único, el Magnífico, el Misericordioso, que no soporta la cárcel del Nombre ni el remedo de la Imagen, fuera del cual no hay fuerza ni poder! Habéis de saber, nobles amigos, que cierto día me encontraba yo en mi espléndida casa de Bagdad, rodeado de la más grata compañía de preciosas muchachas y esbeltos tañedores de cítara, degustando manjares muy selectos y aromado por sutiles perfumes –¡gracias sean dadas a la misericordia de Alá, a quien todo lo debo!– cuando escuché a mi puerta el gemir lamentable de un desdichado: «Estoy cada vez más cansado, mi vida es extraña y mi carga ha crecido. Otros, felices, no sufren desgracia alguna: el destino no ha dado nunca a nadie una carga como la mía. Otros disfrutan de alegría y poder, de comida y bebida. De una misma gota de esperma venimos todos los hombres, pero hay entre nosotros tanta diferencia como la que distancia el vino del vinagre. No te lo digo como reproche, Señor, pues eres sabio y tus decisiones son justas». Conmovido al escuchar esta queja, hice pasar al triste. Era un pobre y harapiento cargador, de rostro ajado, que miraba las flores y las sedas con ojos extraviados. Me dijo que su nombre era Simbad, como el mío, y se deshizo en excusas por haber turbado con lamentación inoportuna el júbilo de mi festín. Había decidido desde un principio darle una generosa limosna, pues Alá ha puesto en mi pequeñez una gota de su naturaleza compasiva, pero quise acompañarla de una oportuna lección que diera al hombre resignación para sobrellevar su miseria y moderase su lógica envidia a los ricos. Así que le senté en un mullido cojín a mis pies y comencé a narrarle la historia de mi vida: «Has de saber, cargador, que llevas el mismo nombre que yo. Soy Simbad el Marino. Quiero contarte todo lo que me ocurrió antes de conseguir esta felicidad en que me ves: no la he logrado más que después de sufrir grandes fatigas, enormes dificultades y mucho miedo. ¡Cuántas veces, durante mis viajes, envidié incluso el mísero sosiego del último pordiosero...!».

Luego inicié el relato de aquellas aventuras portentosas que me son tan conocidas y cuya complejidad recorro como quien pasea por un sendero alisado por miles de pies viajeros. Hablé de mi desembarco en una extraña isla, cubierta de arena y palmeras, que resultó ser un leviatán marino y se sumergió cuando encendimos tranquilamente fuego en lo que tomamos por una serena playa; le conté mi encuentro con el terrible viejo que en otra remota isla me convirtió en su cabalgadura y estuvo a punto de matarme con una extenuante esclavitud; no pasé por alto mi encuentro con el gigante negro que devoró a tantos infortunados y del que escapé cegando mientras dormía su único ojo con una estaca ardiente. Cuando hablé de los caballos marinos, que salen por la noche del océano para fecundar a las yeguas de cierto sultán llamado Mirhadján, los ojos del cargador parecieron animarse un poco; cuando le conté mi audaz huida del terrible Valle de las Serpientes, cuyo suelo está empedrado de diamantes y cuyos flancos son inaccesibles, pero del que logré salir asido a una res muerta a la que un águila remontó en sus garras, le vi estremecerse; luego le referí que cierta bestia portentosa, el rinoceronte, es capaz de ensartar a un elefante en su cuerno y, llevándolo así empalado, seguir pastando tranquilamente hasta que la grasa derretida del cadáver le ciega y se tumba en el suelo, con lo que se convierte en presa del monumental pájaro rock o *rujj*, que se lo lleva como alimento a sus desaforadas crías: entonces vi a mi pobre oyente sonreír como un niño.

Entendedme bien, nobles amigos, yo no soy mentiroso ni quiero vanagloriarme: sólo a Alá le es debida la gloria, pues fuera de él no hay poder ni fuerza. Cierto es que yo jamás he viajado y que las hermosas leyendas que narro las he escuchado a marinos parlanchines o a eunucos sentenciosos, pero no las cuento para ensalzarme sino para

imbuir en mis oyentes admiración por la justicia divina y resignación con su suerte. Mi fabulosa riqueza es puramente hereditaria, la recibí de mi buen padre, al que Alá haya premiado, y no he sido capaz en toda mi vida ni de gastarla ni de acrecentarla. Pero me gusta presentarla como fruto arriesgado de esos extraordinarios viajes que nunca he podido o querido hacer, de peligros que no he necesitado correr, pues a las mentes sencillas les parece más justo que la riqueza recompense el esfuerzo en vez de coronar el azar. Cuando acabé mi relato, ordené que dieran a Simbad el cargador una bolsa con cien mezcales de oro. Me dio las gracias conmovido y luego me dijo, como quien recuerda un sueño: «Has de saber, generoso señor, que hay otro camino para salir del Valle de las Serpientes, aunque es aún más terrible que el que tú tomaste y tiemblo con sólo recordarlo». Después besó la limosna y salió de espaldas, con una interminable reverencia. ¡Qué inescrutables y milagrosamente justos son los designios de Alá, el único en verdad poderoso, y qué ridículos los mortales que sueñan con entenderlos en lugar de acatarlos ciegamente!

Monólogo decimocuarto

Habla LA GORDA MARGOT

¡Será posible, puerco de Satanás, bachiller de mierda, hideputa, charlatán tragón, mono rijoso! ¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que eres mi amo, Anticristo borracho? Tienes techo, tienes pan, mucho vino y unas buenas nalgas para desfogarte cuando se te encrespan las criadillas: ¿qué más quieres, cabronazo hijo de cura? Asómate a la ventana y verás que está nevando. ¡Nieva, para que te enteres! Ayer me dijo la madre Magloire que se vieron sombras de lobos cerca del Sena y un niño no volvió a su casa por la tarde. ¡Y aquí estás tú, bien calentito por fuera y por dentro, trasegando litro tras litro de Beaune como si lo regalaran en la taberna! ¿Salir fuera a intentar buscar algo, a echar unos dados con algún incauto al que le pesen los oros o tratar de colarte por una ventana desvencijada en alguna iglesia de esas que guardan regalos más útiles a los cristianos pecadores que a los santos de cera? ¡No, el señor tiene frío, está nevando, el hideputa teme a la ronda y a los lobos! Mejor esperar aquí, en este burdel en que vivimos, a que llegue la primavera y entonces hacer una escapadita a la *Chaise*, a la *Pomme de pin* o a cualquier otro cabaret, a ver si alguen te invita a un litro de Baigneux blanco o alguna moza de coño golfo te permite gratis pasar con ella detrás de la cortina. Eso es lo que quieres, ¿verdad? ¡Ahorcado tengo que verte, sarraceno! Y mientras, pierdes el tiempo garrapateando baladas y canciones, como si fueras nada menos que Charles de Orleans y estuvieses en Blois rodeado de caballeros con manto de armiño y señoronas de gasa y perfumes: ¡despierta, ladrón, no eructes cuanto te estoy hablando! Pero, eso sí, cuando llego a la cama sin dinero, después de haber estado toda la tarde y toda la noche bregando con sinvergüenzas como tú, de manos muy listas para sobar las tetas pero demasiado torpes cuando llega la hora de sacudir la bolsa, el archiduque se me enfada, tiene el descaro de gritarme que debo darle su parte haya o no haya y hasta pretende atizarme un soplamocos. ¡Quieto, rata de vertedero, judío sin entrañas, quieto o te señalo la jeta! ¡Malhaya con mi suerte!

Anda, bribón, hazme sitio en el catre. ¡Bof, qué borrachera he cogido! No te puedes imaginar lo que he bebido hoy con unos y con otros: tinto con el canónigo de Saint-Benoît, que no hace más que congestionarse y resoplar mientras pimpla, metiendo mano pero sin decidirse nunca a pasar a lo más serio, ese puñetero avaro... ¡como la criada le sale gratis!; blanco con el barbero Bobignon, lástima de hombre, con lo galán y generoso que ha sido, pero ya está para pocos trotes, aunque me consta que él bien quisiera, pues de eso suelen perderse antes las fuerzas que las ganas; y mucho tinto otra vez, del más barato, con tres estudiantes borgoñones que habían venido a la Sorbona a escuchar a ese Juan Gerson, Grisón o como quiera llamarse, muy guapos chicos y alegres como ardillas, pero sin un mísero ochavo... aunque yo, en vista de su buena facha, les hubiera hecho a los tres un buen precio, vaya que sí, y si bebo un poco más hasta puede que gratis, ya sabes cómo soy. Beber y beber todo lo que quieras, pero no había manera de sacar dinero a nadie, malhaya con mi suerte, yo creo que es culpa de esos condenados ingleses, que quieren robarnos hasta el aire que respiramos: ¡Dios bendiga al buen rey Carlos para que consiga arrojarlos a todos al mar! ¡Uf, qué ruidos me hacen las tripas! ¡Tengo al blanco peleando con el tinto y el Burdeos sublevado contra el Borgoña! ¡Anda, agárrame esa pedorreta! Con la curda y el sobo que me han dado estoy más caliente que una perra en celo. ¡Eso es, toca, toca y verás! Así, muy bien... ¿Quieres entonces que hagamos las paces, perillán? Ya sabes que entre las sábanas nunca estoy enfadada contigo. Venga, déjame subirme encima tuyo, que ya veo que estás bien preparado. Si te aplasto, te aguantas: ¡te voy a dejar aplanadito como una torta recién hecha! Así, así me gusta, cabroncete mío, sigue, que lo estás haciendo muy requetebién, ahora más, ladronazo mío, más todavía, qué rico está, más, más...

François... ¿me oyes? ¿No te habrás dormido ya? ¡Qué bien estamos los dos aquí juntitos, eh! Escucha, escucha cómo sopla el viento, que parece que va a arrancar las maderas de la ventana... Ya debe de estar nevando otra vez. ¡Vaya invierno que estamos teniendo! Según dice la madre Magloire, el peor que ha habido desde el año en que los ingleses quemaron a la Doncella. Mañana tienes que leerme alguna balada bonita de esas que tú escribes; no una canción cochina, no, algo de amores desgraciados o de caballeros valientes muertos en algún combate lejano. ¿Me oyes, François? ¿Sabes que ayer ahorcaron al pobre Gontier? Como te lo digo; me he enterado esta misma noche. ¡Ay, qué frío me dan esas cosas! Parece que lo estoy viendo, con su panza de oso, siempre riendo y diciéndome: ¡ven acá, niña, ven que te diga un secreto al oído! Y ahora los cuervos le sacarán los ojos... No quiero pensar en eso, es la resaca, que siempre me pone triste. ¿No te pasa a ti lo mismo? ¡Eh, François! Vaya, está dormido.

Monólogo decimoquinto

Habla JULIANO EL APÓSTATA

¡Oídme, ciudadanos del Imperio, soldados de Roma! ¡Escuchad a vuestro emperador! Es la última vez que me dirijo a vosotros antes de que nos enfrentemos con las babélicas tropas del Gran Rey. ¡Ctesifonte nos aguarda, como una dulce y jugosa manzana oriental que espera ser robada por la mano viril de Roma! La batalla va a ser terrible; desde aquí podéis ver ya la polvareda inacabable que levanta el grueso de la caballería de Sapor, sus carros y elefantes enviados en auxilio de la ciudad sitiada. Pero aún no sabéis lo más espantoso, lo que ahora debo revelaros ya no en mi calidad de vuestro emperador y general en jefe, sino en la de sumo sacerdote de los dioses que veneramos: todos los presagios son funestos, los hados que he consultado proclaman inequívocamente su hostilidad. De los tres bueyes blancos que sacrifiqué esta mañana al amanecer, el primero vertió una sangre negra y corrompida, de insoportable fetidez; el segundo lanzó cuando me acerqué a él un mugido desafiante y lúgubre, más propio de la dorada bestia del tirano Fálaris que de un toro mortal; al tercero no pude encontrarle el hígado, bien porque no lo tuviera o quizá a causa de mi obnubilación malsana. Volví entonces mi rostro hacia los cielos, en muda invocación, y vi unos pájaros extraños, semejantes a grullas, establecer con su vuelo un augurio siniestro. En aquel instante, el naciente sol nubló su gloria por un largo momento y pensé: «Mi numen me abandona». Parece que el gran Helios siente fatiga o desazón al verse triunfante en nuestros estandartes: Sol Invicto. ¿Será porque un día vino a nosotros desde estas tierras orientales y no desea ahora convertirse en triturador de sus primitivos feligreses? Cuando se me ocurrió esta idea, la cabeza me dio vueltas con vértigo impío. Pensé: «¿Hago bien en acogerme a la protección de un dios persa para ir contra los persas?». Y luego, con horror: *«Ya no sé cuáles son mis dioses»*. ¿Dónde están aquellos inmortales que fraguaron la gloria eterna de Roma? No tengo a mi lado a los dioses de Trajano, ni mucho menos a los de Alejandro, pero frente a mí, como ellos, tengo a los persas.

Ahora puedo decíroslo sin odio y sin indiferencia, quisiera que también sin cansancio: los culpables son los cristianos y los cínicos, pero vosotros, los que os llamáis romanos y no pertenecéis a unos ni a otros, sois aún más culpables por vuestra pasiva complicidad. Los dioses dejan a quienes les han dejado. Merecéis perecer, porque no habéis defendido la única forma de ser *hombres* —en el sentido glorioso de la palabra— que conocíais; es decir, ni piedad, ni virtud, ni nada a cambio. ¡Feliz agonía! Ya no puedo desearos otra cosa. Es la victoria de los desharrapados, de los que arrastran los pies por el polvo de la historia y discuten ociosa e interminablemente sobre las intrínsecas culpas que causan nuestra actual bajeza, de los que abominan de las urgencias orgullosas de la acción, de todo lo que en la vida rechaza el tonel y busca el palacio. «El cielo es nuestro techo —dicen—. Nos vestimos con la gloria espontánea de los lirios del campo.. ¡Sólo pedimos que no nos quitéis el sol!» ¡Hipócritas y cobardes, pues lo único hermoso bajo el cielo para ellos es el ser inevitable y regalado, como la tersa capa de los lirios o la luz del sol! Nada tienen porque nada merecen y ¡qué equivocados estáis los que tenéis mucho, glotones y hedonistas de Antioquía, y perezosamente soñáis con retener sin merecer!



Todo es conquista, todo es premio: tal es la vieja y olvidada lección de Roma, la verdad más intensa que aportamos a nuestra herencia griega. Por eso me dirijo ahora principalmente a vosotros, los únicos que me habéis amado sin entenderme y por eso me habéis entendido mejor que nadie, mis fieles galos Petulantes, tan lejos de vuestras tierras y de vuestras mujeres: ¡adelante, hermosos bárbaros! Ni Helios ni Marte os conmueven, vuestros íntimos dioses son impronunciables, pero jamás cederéis a la fascinación abyecta y dócil del judío crucificado o a la seducción absurda del ateísmo cosmopolita. ¡A vosotros y a los que estén dispuestos a ser tan jóvenes y libres como vosotros digo: adelante! ¡Ctesifonte es nuestra! ¡Que los malos augurios retrocedan ante nuestro asalto! Hasta los persas se nos unirían si supieran lo que defendemos...

Monólogo decimosexto

Habla CHARLES DEXTER WARD

Hazte idea de que me refiero directamente a ti, a ti y no a otro cualquiera. Odio tu paz, lector; detesto la placidez doméstica, cuyo detalle preciso desconozco pero que sé intercambiable con cualquier otra, en la que te arropas al leer estas líneas. ¿Dónde estaré yo cuando me leas? Ese interrogante ha de parecerte trivial porque ignoras –¡bendita ignorancia!– hasta qué punto habría de resultarte *inimaginable* su respuesta. Pero, a fin de cuentas, quizá tú y yo estemos más cerca de lo que parece. Sí, estoy muy cerca de ti, quizá demasiado para tu seguridad... Tu trivialidad sin sobresaltos hunde sus raíces en el negro destino que habito: ahí, ahí mismo, ¿no me ves?, gesticulando como un alma en pena al otro lado del espejo frente al que te afeitas, arañando con infinita dentera el terciopelo desteñido de tus sueños, cuchicheando sin tregua en el rincón donde sueles dejar tu ropa por las noches y cuya penumbra resiste los esfuerzos de la lámpara de la mesilla, ahí mismo, ahí, aunque no me veas... Pero sospecho que eres en realidad más hipócrita que auténticamente ciego; aunque no me percibas con plena nitidez –lo que te destruiría, lo que nos haría para siempre hermanos– no te faltan atisbos innegables de mi presencia. A menudo te estremeces involuntariamente al rememorar el olor de cierto cajón que abriste hace muchos años, siendo niño, en el desván de una casa de campo que ya no existe y dentro del cual no había –no podía haber– nada; o te apresuras injustificadamente al cruzar el gabinete apagado, en cuya tiniebla suena angustiosamente el teléfono; o repliegas con excesiva viveza tu mano que colgaba descuidadamente de la cama, esa mano a la que de pronto ha helado la posibilidad de no sé qué *roce*... ¿Ves? ¿Oyes algo? ¿Hueles? Y sin embargo no sabes nada, nada en absoluto. Has tenido suerte y ninguna revelación como la que yo tuve te ha quitado todavía la despreocupación apenas amenazada. Pero no me compadezcas demasiado: ¡quién sabe lo que se encargará algún día de instruirte!

Somos recién llegados, ¿no lo notas?, somos el último latido –por ahora– de un metrónomo eterno. Sólo un ingenuo pretencioso puede lamentar esta juventud cósmica que nos preserva de complicidades abominables, abrumadoras... Como niños frente a un mal que ya imperaba desde antes de que nuestros abuelos fueran concebidos, nos acogemos al perdón, al resguardo y al olvido que dispensan venerables tradiciones de raíz desconocida o rituales racionalizadores cuyo sentido último se nos escapa. Nuestras ambiciones son pequeñas –aunque a veces, risiblemente, las llamemos «desmesuradas»– y pe-

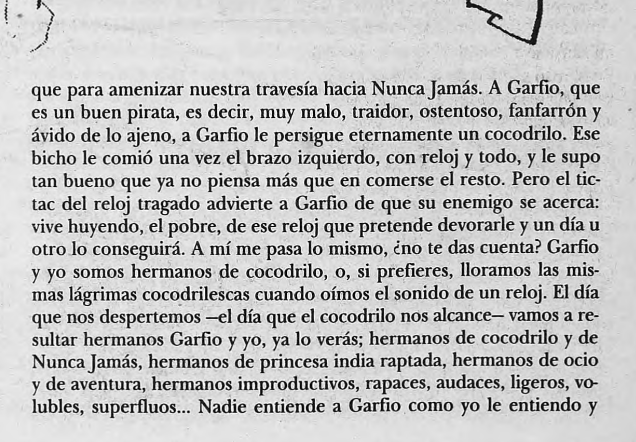
queños nuestros placeres y nuestras responsabilidades: gracias a esto, son pequeños nuestros terrores. Así vamos viviendo, sin vértigo ni frenesí, y añadimos ramitas y barro, como los castores, a la presa minúscula con la que tratamos de remansar el fluir oscuro de energías ancestrales. Pero cierto día a algunos nos crece dentro un latido sordo y algo indomeñable empieza a desperezarse en nuestro pecho. Es un ardor que embriaga, un desasosiego que nos llega a ser más querido que la serenidad obtusa que antes disfrutábamos: y todo pierde su sabor y su contento, salvo ese latido que toca a rebato desde el recién descubierto precipicio de nuestra intimidad. ¡Ah, esa sed nueva, que pide sin cesar conocimiento prohibido, manuscritos de caligrafía parda y amenazadora, infolios encuadernados en una piel sobre cuya procedencia caben las más estremecedoras conjeturas! Entonces empezamos a visitar a libreros de gestos obscenos, perdidos entre su polvorienta y olvidada mercancía con baboso reptar de gusanos ciegos; nuestras noches se hacen insoportablemente más largas que nuestros días y el alba nos sorprende a veces –*sorpresa* es sin duda la palabra– hurgando entre las ennegrecidas piedras de algún descampado o vagando por algún muelle desierto, a la espera de que cierto buque oriental desembarque a hurtadillas su alucinante carga. Un día, de repente, nos reímos con una risa que no nos pertenece, pero que nos sale de muy dentro. Dejamos de frecuentar los espejos y, tras una última y desconcertada –o espantada– visita, nuestros mejores amigos renuncian para siempre a volver a vernos. Y lo más terrible de todo esto es que apenas advertimos tales cambios hasta *después*.

Se acabó mi ficticia juventud, lector maldito: ahora sé que provengo de lo más remoto. Nací con los helechos gigantes y los dragones prehistóricos, cuando la tierra era furor y lava; tengo parientes –a los que *conozco*– en las estrellas, me he arrastrado por el limo del cual mucho después fue hecho el hombre y he devorado materias orgánicas que hoy nadie sabría identificar. Y allí estaban ya Ellos: entonces los conocí y Ellos me reconocieron como suyo, no hay olvido posible, se desfondan los cimientos de la inocencia. Me arrastré ante la inmunda majestad de su poder y Ellos me dieron sus órdenes, que guardo grabadas a través de los milenios en el cogollo más recóndito de mi alma. Luego hubo batallas inimaginables y Ellos tuvieron que retirarse a dormir, transitoriamente derrotados por un cierto equilibrio de Luz. Dormir, dormir... pero no están muertos, no, pues no muere lo que puede dormir eternamente. Desde su sueño me repiten una y otra vez sus órdenes, las que enterraron en mi carne cuando yo era su esclavo: órdenes que para mí ahora son indecible perversión y muerte, pero para Ellos son simple rezumar de su primigenia naturaleza. No vuelvas la vista lector, es a ti a quien hablo: quizá también tú estés próximo a despertar. Pronto habrás de venir a donde yo habito, si es que antes no te alcanzo...

Monólogo decimoséptimo

Habla PETER PAN

Voy a enseñarte a volar, niña Wendy. Ven, cierra los ojos, tiende los brazos, respira muy hondo por la nariz, salta hacia el norte, busca tu estrella... ven. Seré tu hermano volador, tu antipadre; vamos a irnos juntos como globos errantes, como meteoritos ascendentes y perezosos, con el viento de lo alto despeinándonos cariñosamente como si fuese la mano brusca y tierna que el héroe, desde su caballo, pone sobre la cabeza del niño que le admira al pasar. Subiremos, Wendy: ¡no hay nada como volar! Y reiremos, reiremos, porque la risa es el combustible de nuestro vuelo, la propulsión que vence la gravedad de lo imposible. Para volar, hay que dejar de ser graves y reír... ¿Quieres saber adónde iremos? Ya te lo imaginas, pero como te gusta oírlo de nuevo voy a repetírtelo: al país de Nunca Jamás. Para llegar hasta allí no es preciso viajar mucho, aunque la distancia que nos separa de él sea infranqueable para la mayoría. Para llegar a Nunca Jamás no hay que trasladarse, sino *transformarse y* esto es algo que no resuelven las agencias de viajes. ¿O será mejor decir: no transformarse, resistir el vértigo de las transformaciones que nos acerca a la vejez, la respetabilidad responsable y la muerte? Debemos transformarnos en lo inmutable, Wendy, debemos convertirnos sin cesar en permanentes: para ser eternos, tenemos que ser como niños. ¿Se puede ser como un niño sin ser un niño? Ése es el único y verdadero problema. Porque, bien mirado, el niño es la negación más flagrante de la inmutabilidad y lo permanente; al lado de sus constantes modificaciones –día a día, minuto a minuto– la petrificación estable y conservadora del anciano es un monumento de granito. Cuanto más crecemos, menos cambiamos, según me cuentan (te imaginarás lo difícil que me es hablar de estas cosas a mí, que no sé crecer): en los cinco primeros años de nuestra vida sufrimos transformaciones infinitamente más importantes –cuantitativa y cualitativamente– que en los setenta o noventa restantes. Ser un niño inmutable es un círculo cuadrado: el auge es más rápido que la decadencia, o mejor, el auge es la forma más rápida de decadencia y la decadencia es un auge que comienza a frenar. ¡Ay, Wendy, que yo sólo quería enseñarte a volar, hablarte de los piratas, indios y fieras de Nunca Jamás, y aquí me tienes, dándote una lección de metafísica sobre el problema del tiempo! Pero no decaigas niña mía: subamos, subamos... Déjame que te hable del capitán Garfio, aunque no sea más



que para amenizar nuestra travesía hacia Nunca Jamás. A Garfio, que es un buen pirata, es decir, muy malo, traidor, ostentoso, fanfarrón y ávido de lo ajeno, a Garfio le persigue eternamente un cocodrilo. Ese bicho le comió una vez el brazo izquierdo, con reloj y todo, y le supo tan bueno que ya no piensa más que en comerse el resto. Pero el tictac del reloj tragado advierte a Garfio de que su enemigo se acerca: vive huyendo, el pobre, de ese reloj que pretende devorarle y un día u otro lo conseguirá. A mí me pasa lo mismo, ¿no te das cuenta? Garfio y yo somos hermanos de cocodrilo, o, si prefieres, lloramos las mismas lágrimas cocodrilescas cuando oímos el sonido de un reloj. El día que nos despertemos –el día que el cocodrilo nos alcance– vamos a resultar hermanos Garfio y yo, ya lo verás; hermanos de cocodrilo y de Nunca Jamás, hermanos de princesa india raptada, hermanos de ocio y de aventura, hermanos improductivos, rapaces, audaces, ligeros, volubles, superfluos... Nadie entiende a Garfio como yo le entiendo y

nadie me entiende como me comprende él: por eso somos enemigos mortales, ya que también el odio es una forma de parentesco y no la menos noble, a fe mía. ¿Me preguntas cuál es el cocodrilo que lleva el reloj amenazador de mi tiempo en su panza? Por favor, Wendy desde hace rato no te hablo de otra cosa: tú eres el cocodrilo que sigue mi rastro por los caribes de Nunca Jamás, tú eres el cronómetro que envenena la eternidad inverosímil de la que me reclamo, tú eres la aliada de lo que va a desterrarme a la madurez... ¡mi dulce, anhelosa y anhelada, mi fugaz Wendy!

Monólogo decimoctavo

Habla JOB

Lo admito, no supe resignarme: pero nadie logrará hacerme creer en las virtudes indiscutibles de la resignación. Vino como una tormenta sobre mis campos, sobre mis rebaños, sobre mis casas; vino sobre mi mujer y mis hijos, matando, incendiando, arrasando. Luego se ensañó con mi cuerpo, hasta dejarme reducido a una pura llaga repulsiva: me convertí en objeto de horror y asco para mí mismo. Allá, en el muladar al que me vi desterrado, basura tirada entre basuras, sentí que me ganaba poco a poco una especie de vértigo. Utilizaba un pedazo de teja para rascarme la insoportable comezón que me roía, cuando de pronto aquel pedazo de arcilla seca se me antojó un cetro, el sello de la más alta potestad. Aquella teja inservible, recogida en el ámbito más degradante, entre lo que nadie desea, iba a ser mi varita mágica. Con ella en la mano como certificado de absoluta miseria, podía por fin *hablar:* no hay palabra prohibida en un vertedero, no hay censura ni limitación alguna que pueda imponerse al discurso que vocea un leproso mientras se frota con un pedazo de teja rota. ¿Hubiera debido resignarme? Así me lo aconsejaron mis pacatos amigos, pero yo sigo pensando que no y mil veces no. ¿Resignarme cuando uno tiene por fin en la mano la teja de la verdad, cuando ya no hay cortapisa de posesión, afecto o salud que nos impida decir implacablemente todo lo que *vemos*, los íntimos recodos de la desesperación? Creo que hice lo justo: desposeído, enfermo, se me arrojó a un muladar y entonces pude por fin proclamar, ya sin recato, que el mundo es desperdicio y excremento, la vida es la enfermedad que un sarnoso padece en su vertedero... Esa mísera teja era algo más dolorosamente precioso que todo lo que antes tuve: era el salvoconducto para hablar cara a cara con Dios.

Por muchas vueltas que le diera al asunto, mi causa era de una solidez inatacable. En el foso séptico de mi desventura ya no había modo de hacerme convicto de pecado. Pude quizá pecar antes, cuando aún era algo, cuando todavía no había conquistado el despojo y la teja. Entonces hubiera podido sancionarme el Señor del Trueno y quizás entonces yo hubiera creído en la pertinencia de su castigo y su reproche. Pero luego las cosas alcanzaron definitiva claridad: yo era una basura, nunca fui otra cosa, por tanto la cólera del Dios creador de la basura está perfectamente injustificada cuando relampaguea contra mi inmundicia. De su todo a mi nada no hay caminos transitables: me había quitado tanto que ya no tenía forma de devolverme el lastre suficiente como para hacerme sentir culpable. Él tenía su poder infinito, pero yo había ganado un invencible y fragilísimo talismán contra la omnipotencia: mi teja. Los amigos que me asestaban su compañía y sus censuras no lograban entender el fondo del asunto; ellos reclamaban justicia o piedad para con el Señor, pero hablaban desde su casa, desde su salud, desde su miedo culpable a verse en mi perfecto decaimiento. Yo me hallaba tan absolutamente triturado que, para no serles insoportable del todo, me exigían al menos considerarme *malo.* Lamentándolo mucho, no pude darles ese gusto: al contrario, cada vez aireé mi increíble inocencia con más fuerza, mi deslumbrante inocencia, mi leprosa y machacada inocencia... Por último, el propio Omnipotente me gritó desde su trono para que pusiera fin a mi diatriba. Me habló de cómo creó los cielos y cómo encauzó los mares, se burló de mi impotencia, me desafió a pescar con sedal y anzuelo la mole del Leviatán, me preguntó, ronco de ira, que dónde estaba yo cuando Él fundó el mundo y si me creía capaz de justificarme ante mis enemigos por la sola fuerza de mi brazo... Yo no respondí nada, pero seguía rascándome las tenaces pústulas con mi teja.

Ahora me lo ha devuelto todo, las casas y los campos, los rebaños y los hijos; mi salud es tan extraordinariamente buena que todo parece indicar que viviré más de cien años. Me cubre de bienes de modo abrumador, me vomita encima el contenido completo del cuerno de la abundancia, nada le parece demasiado para mí... Ya sé que todo

esto no es más que un soborno para que olvide mi teja y las palabras que fui capaz de exclamar con ella en la mano, pero yo no remoloneo en mi piedad cotidiana y me dejo querer. Sigo siendo un ejemplo de religiosidad y sumisión para quienes me conocen, como lo fui en un principio, antes de mi descenso al muladar. Pero ahora *sé y* lo que sé no lo puedo olvidar. Antes había oído hablar de Jehová, pero ahora le he visto cara a cara. Tampoco Él podrá volver a descansar tranquilo. Ya no tengo mi teja, pero todo yo, todo mi cuerpo y mi memoria se ha convertido en ese pedazo de arcilla seca. Ahora yo mismo soy la teja en las manos perplejas de Dios.

Monólogo decimonoveno

Habla **EL HOMBRE DE LOS LOBOS**

Sé que cuando tuve aquel sueño era una noche de invierno, doctor, una noche como esta de hoy. Se abrió la ventana y allí estaban ellos, blancos, inmóviles, mirándome fijamente con las orejas enhiestas... La ventana se abrió sola, doctor, como la página de un libro bruscamente desplazada por el viento: y allí estaban ellos. Es curioso, no sé por qué he comparado el abrirse súbito de la ventana con un libro... ¿Con un libro? Sí, con un libro que alguien ha dejado olvidado sobre una silla de enea en el jardín; sopla la brisa y pasa juguetona las hojas... Estamos al final de la primavera o quizá ya a comienzos de verano. Pienso que ha sido un descuido dejar el libro boca arriba, que si el lector lo hubiera dejado abierto por la página debida, pero boca abajo sobre la silla, el viento no habría podido hacerle perder el punto exacto en que interrumpió su lectura. Después de todo, ¿qué más da que el libro esté boca arriba o boca abajo? El lector ha perdido la página definitivamente, pero tiene toda la tarde para volver a encontrarla; además no es una lectura importante, es sólo un entretenimiento de tarde veraniega, un pretexto para disfrutar con pereza casi melancólica de la tibieza sosegada del jardín. El lector ha dejado el libro de cualquier manera porque no son libros lo que requiere la tarde; se ha levantado lentamente, largo, largo, en toda su estatura de muchachote bien plantado y ahora vaga por el jardín con paso elástico, un poco demasiado acelerado para alguien que a fin de cuentas no va a ningún sitio en concreto: quizá tiene sed y va en busca de la jarra de limonada que la vieja institutriz ha dejado preparada sobre la mesa de la terraza, con mucho hielo picado. Ya sé lo que está usted pensando, doctor; piensa usted que en realidad ese muchacho no va en busca de ningún refresco, sino de su hermana, a la que se oye gritar y reír con sus amigas, mientras juegan al *crocket*... Pero no es cierto, doctor: yo no soy ese muchacho alto y fornido, porque aquella tarde yo era un niño de menos de cinco años y además odiaba a mi hermana, siempre la primera, tan lista, tan resabiada, la preferida de mis padres. ¡Pero si yo ni siquiera sabía leer! No, ese sediento adolescente de cuajada hombría, libre de los libros y rey de la tarde, no va en busca de su hermana porque puede perfectamente pasarse sin ella; no es como un niño de cuatro años que repele con asco y fascinación ese culito moreno que le enseñan las faldas levantadas con cualquier pretexto de falso juego a médicos. Usted se equivoca, doctor, porque yo sé lo que usted está pensando y le digo que se equivoca.

No tengo malicia: mi pecado ha sido una tendencia irreprimible a la divagación. Acaba usted de verlo, doctor. Soy casi un profesional del desvarío tenuemente engarzado... Empecé a contarle a usted aquel sueño que tuve hace tantos años y me he perdido. O, más bien, lo que quise rememorar era esa lejana tarde en que le conté a él ese viejo sueño; ahora, desde luego, sólo recuerdo la versión que le narré y que él aceptó, pero descreo más y más de que hubiera algo así como una primera versión –una ocasión inocentemente perversa– del dicho sueño. La ventana que se abre en la noche de invierno, el niño que sueña estar acostado soñando y los lobos blancos que le contemplan con atención helada desde las ramas del nogal. Ahora ya lo entiendo todo, pero sigo sin poder sustituir la imagen del jeroglífico por su significado explícito; por decirlo de algún modo, lo que ahora sé sin dudas que subyacía a los lobos vigilantes sigue siendo intuitivamente superficial, no ha logrado desplazarlos de la raíz incomprensible de mi conciencia. Soy un niño subterráneo que, con la coartada de ocultar el desconcertante y traumático amor de sus padres, recuerda la innegable, la demasiado real, la irrefutable guardia escrutadora de los lobos. Esto quizá fue cierto, doctor, pero ahora miento al repetirlo. Siempre me ocurre lo mismo, es el viejo pecado sin malicia de que antes le hablaba. Porque lo que verdaderamente ganó la primacía de mi memoria es eso que usted mismo, doctor, representa en este instante con su amable presencia a mi lado. Entonces yo tampoco podía verle a él, pero sabía que me escuchaba en la penumbra tibia de su despacho vienés. Era el momento de hablar sin miedo, de jugar a engañarle con mis divagaciones cada vez más deliberadas que él sabría, gracias a la falsedad misma que encerraban, convertir en obscenas verdades. Ni él ni yo éramos libres, sobre eso no cabe duda, pero él podía dar cuenta completa de la enigmática dependencia que nos unía. Tal como ahora, si yo quisiera, podría explicarle a usted, doctor, el transparente y definitivo secreto de su preocupación por mí. Sin embargo, no es ya momento. Estoy a punto de curarme del todo y no tengo –nunca tuve– vocación terapéutica. De él a usted transcurre toda mi diferencia, doctor: y sé perfectamente que él murió hace más de treinta años. Ahora soy yo quien se atarea en agonizar cautamente, recogiendo o inventando las últimas briznas de pasado para amueblar con ellas el olvido irreversible del que debo por fin hacerme huésped.

Monólogo vigésimo

Habla **BAKUNIN**

No sé cómo decírtelo, Boy, pero hay algo en ti que me asusta. Es algo relacionado con tu increíble perfección, con tu propio ser, una auténtica obra maestra de la especialización revolucionaria. No te ofendas, sabes que te quiero más que a un hermano, te quiero como al hijo que no puedo tener: pero es que hay algo en ti de *máquina*, de dispositivo bien engrasado que funciona sin vacilaciones de acuerdo con unos principios simples y hacia un fin inexorable. Y no encuentro *jugo* en ti, sólo aceite lubricante para que no se oxide tu engranaje subversivo. Perdóname si te hago enfadar, pero ya conoces mi franqueza, garantía de libertad y auténtica camaradería. Además, yo tampoco veo claro en nombre de qué puedo hacerte estos reproches, que quizá ni siquiera lo sean. Escucha mis dudas. ¿No tienes tú dudas? El caso es que eres tú, Boy, la fuente de mis más íntimas dudas. Escucha. Creo firmemente en la visión materialista del mundo que organiza la ciencia moderna. No hay otro camino teórico para extirpar de los corazones y las cabezas el nefasto fantasma divino, símbolo originario de todas las jerarquías de este mundo, la auténtica monarquía absoluta de la que participan por derivación todos los autócratas terrenales. No hay Dios ni debe haberlo, porque contra Dios se alza la eterna e irrefutable verdad de la Naturaleza. Vivimos enlazados en una solidaridad y causalidad universales: el todo es una combinación necesaria y real de infinidad de acciones y reacciones que las cosas existentes ejercen incesantemente unas sobre otras. Las leyes que la ciencia descubre en lo natural señalan el modo en que todo está determinado; pero no deberíamos llamarlas «leyes», puesto que no hay Legislador, sólo hay formas de producción, previsibles líneas de fuerza. La indeterminación o el azar no son más que nombres prestigiosamente mágicos con los que enmascaramos nuestra temporal ignorancia de algún aspecto del sistema natural. Etcétera. Me has oído todo esto mil veces; hemos leído juntos a Helvetius y a D'Holbach, a Bacon y a ese tan alabado Spinoza, cuya teología hebrea, ambigua y a veces irritante, me recuerda a la de Marx. Pues bien: he aquí la primera paradoja que me tortura. ¿No es la libertad del hombre tan irreconciliable con la fatalidad del orden cósmico como lo era con el Superdictador celestial? Si nada puede ser sino lo que es, ¿qué sentido tiene la rebelión? Si el tirano responde a determinaciones tan inexorables como el sol o las mareas, ¿en qué se funda la repugnancia justiciera que sentimos ante él? ¿Podemos enmendar o intervenir voluntaria y lúcidamente en una realidad cuya necesidad nos preexiste, nos ignora y nos incluye?

Ya conoces el amago de respuesta con el que suelo aliviar el escándalo inocultable de esta paradoja. Las obligaciones impuestas por la Naturaleza son idénticas para todos, desconocen el privilegio, el abuso o la excepción; el único fin que descubrimos en ellas es la conservación y propagamiento de la vida, cuyo exponente más alto es el animal racional. A fin de cuentas, lo que desea libremente cualquier hombre *sano* es idéntico a lo que la Naturaleza ha dispuesto para él. He dicho «sano», porque hay hombres enfermos, aunque no puede decirse que tengan responsabilidad moral por su enfermedad, que aspiran a convertirse en centro del Universo, se apoderan de lo imprescindible para la vida de otros y lo utilizan para adornar superfluamente la suya, quieren imponer su voluntad a los otros y los esclavizan; en una palabra, estos enfermos pretenden sustituir las leyes imparciales y solidarias que la Naturaleza ha dictado para todos los hombres por una normativa que beneficie a unos pocos «elegidos» en detrimento de los demás. El impalpable Dios, jerárquico y arbitrario, sirve de coartada trascendente a sus propósitos; el Estado, su andamiaje jurídico y los sicarios a su servicio forman la coacción organizada que se encarga de



perpetuar esta situación antinatural. Etcétera, etcétera. Soy consciente de los paralogismos que encierra esta postura: puesto que tanto el sano como el enfermo son igualmente productos necesarios y determinados del Gran Todo, ¿a santo de qué (¡nunca mejor utilizada esta expresión!) considerar al sano como preferiblemente «natural»? Si, con razonamiento estadístico, propugnamos adoptar como más natural –y, por tanto, como *bueno*– lo que beneficia a los más, ¿no deberíamos aceptar también como natural el Estado y su expolio, puesto que es lo que ha prevalecido durante toda la historia y en la mayor parte del mundo? Pero mi forma de ser no es de las que se quedan paralizadas al mirar fijamente las pupilas viperinas de la contradicción lógica. Si quieres, soy en eso muy eslavo al viejo estilo. Creo en la verdad irrefutable del arrebato, en el fiero movimiento del corazón que traza una flecha de simpatía instantánea hacia el oprimido y guía la mano del puro contra las cadenas. Para tranquilidad de la acusada faceta especulativa de mi espíritu, he organizado la siguiente verificación empírica de mi contradictoria teoría: puesto que la rebelión no es sino reimplantar otra vez el perdido orden natural, la intuición descubre en ella categorías de limpia espontaneidad, fuegos cordiales, algo que nos reclama íntimamente y más allá (o antes) de que todo cálculo; el mantenimiento del supuesto orden existente (en realidad caos morboso) se caracteriza por fundarse en sentimientos artificiosos y alambicados, ritualizaciones escleróticas, fastos de panteón, mecanismos obsesivos de coacción que oprimen con su terror todo aquello a lo que tendemos naturalmente. En resumen, y si me permites esta *bon mot* de viejo aristócrata ruso y francófono, mientras que la revolución *va de soi*, la perpetuación del orden estatal *c'est toujours l'affaire d'un autre.*

Pues bien, Boy, hijo mío, tú has aparecido en mi vida como la contradicción personalizada de mi esquema. En tu rostro hermoso y alarmante de terrorista veo ángulos de metal: el espanto que causas, racionalizado y sistemático, tiene un perfume instrumental que no huele verdaderamente a cólera redentora. Tú, eleuterómano, vicioso de la libertad, muestras un inconfundible porte de marioneta. No me malinterpretes, por favor: no estoy insinuando que seas un hipócrita o que, bajo tu disfraz subversivo, se oculte un agente de la reacción: a decir verdad, he conocido algunos policías con una subjetividad mucho más espontáneamente rebelde que la tuya! No, lo que ocurre, sencillamente, es que contradices mi argumentación de manera palmaria. Y demasiado perturbadora para mí. Me pruebas evidentemente que hay un mecanismo inexorable y ciego de la sublevación, como lo hay de la edificación y conservación del orden: la contradicción que intenté soslayar derrota de nuevo la justificación teórica de mis melindres. La providente madre Naturaleza también fabrica autómatas, no menos aciagos y predestinados que los del padre Estado. Eres a la generosidad fraterna de la que pudieras reclamarte lo que el primer ministro a la promesa civilizada y humanista de la que se manifiesta cumplidor. La diferencia –y el secreto parecido– está en que él es todo anclas, mientras que tú, mi obstinada termita destructora, confías tu asentamiento contra la deriva al muy natural Mar de los Sargazos. Hielo por ambas partes para quienes nos acercamos ardiendo; y por ambas la representación inteligente del hastío infinito que subyace a una voluntad más geológica que ética. Boy, a veces temo que también nuestras más íntimas batallas son pretextos para el desenvolvimiento de lo que nos es radicalmente extraño... Pero por mi parte, desde luego, voy a seguir luchando.

Monólogo vigésimo primero

Habla EL PADRE BROWN

¡Dios mío, qué extraños caminos utilizas para mostrar a los hombres el resplandor de tu gloria y tu verdad! El más extraño camino, el más pequeño, el más irónico –si puedo hablar así–, soy yo mismo. Eres un humorista, Señor, y no un lógico o un arquitecto, como han creído teólogos malhumorados; te defines mejor por el patente secreto de la risa que por otros atributos majestuosos y abrumadores. Yo debo ser sin duda una de tus bromas más logradas. Lo mismo que el prestidigitador recobra la moneda perdida de la oreja de uno de los niños que

forman su público maravillado y ese niño suele ser el mocoso más pequeñajo y bobalicón del corro, porque así la sorpresa es mayor, igual has jugado Tú conmigo, Señor, y para asombro de los hombres has sacado de mi insignificancia una contundente lección. ¿Cuál es esa lección? No creo que hayas pretendido reafirmar una vez más que el espíritu sopla donde quiere, ni mucho menos que el más humilde de tus sacerdotes puede poseer dotes capaces de asombrar a los grandes de este mundo. No, eso serían lecciones demasiado personalizadas y yo creo que sirvo en Tus manos para un propósito mucho más genérico: en una palabra, me utilizas como pretexto humorístico para una parábola sobre la fuerza de la virtud y la debilidad del pecado. Claro que yo no soy ni muchísimo menos un dechado de virtudes, pero debo darte gracias por poseer la que se opone más frontalmente al vicio pagano por excelencia, es decir, a la soberbia. Si no me equivoco, lo que quieres decir a través mío es esto: la humildad no sólo es camino de santidad, sino también excelente y muy útil talismán para afrontar las dificultades de la vida terrena. Lo que salva también fortifica; aún más, salva *porque* fortifica. La virtud que el orgullo mundano se imagina como abyecta autohumillación es en realidad reserva de energía que triunfa allá donde se estrellaron recursos aparentemente más poderosos.

La soberbia es no sólo el mayor pecado, sino la raíz misma del pecado. Y por tanto de ella viene también la mayor debilidad. Nadie más frágil, más vulnerable, más inconsistente que el soberbio: de este axioma se deduce el corolario de que el criminal, que en todo caso y necesariamente es soberbio como Luzbel, nunca puede ganar. La única esperanza que le queda de escapar al descubrimiento de su culpabilidad debe basarse en la posible soberbia del detective que investiga el caso. Si el investigador también es soberbio, pierde su única ventaja sobre el criminal y se ofusca tanto como éste; conocí a un detective soberbio, de nombre Valentín, que fracasó por soberbia en el esclarecimiento de un caso y por soberbia llegó a cometer un crimen absurdo, enrevesado y sin lógica, soñando con lograr el crimen perfecto: pero la propia ausencia de móvil y sentido me puso en la pista del desafío satánico que su orgullo lanzaba a la justicia de Dios y de los hombres. El secreto de la fuerza que encierra la humildad es la *atención* que presta a las cosas. El soberbio va siempre distraído, embebido en sí mismo, borracho del prestigio de su yo; todo lo que fabrica lleva su rostro, sea que pinte un lienzo o que cometa un crimen, y él mismo tampoco ve más que su rostro por todas partes. Por cuidadoso que sea, siempre se le escapa algún detalle y ese detalle le revelará como su firma. Para fijarse en las cosas, para ser auténticamente minucioso, es preciso tener cierta dosis de humildad: el humilde va mirando hacia afuera, agradeciendo a todo lo que encuentra el ser precisamente así como es, entrañablemente diferente y peculiar. Por eso nota a la perfección cuándo las cosas dejan de ser lo que son y se trastocan de modo malévolo: el desorden que el soberbio va sembrando por la rigurosa hermosura del mundo es como el rastro viscoso que dejó la serpiente al reptar por el Jardín. Y es así como la humildad es fuerza y la soberbia debilidad: porque al humilde le apoya el mundo todo, los ríos, las plantas y las estrellas, mientras que el soberbio está completamente solo, desfondado por su vanidad y su nada. El soberbio puede ser inteligente, pero no sabio; puede ser astuto, diabólicamente astuto quizá, pero siempre dejará tras sus fechorías cabos sueltos por los que se le podrá identificar: esos indicios acusadores que su ciego orgullo no sabe ver, por muchos planes que fabrique y coartadas que se prepare, son la venganza de las humildes cosas del mundo, denunciando con su grito silencioso el pecado que les arrebató su condición natural de paraíso.

Y de esta lección que nuestro común Maestro ofrece a los hombres con motivo de mi humildad inquisitiva puede sacarse ahora una última conclusión. Soy vocacionalmente sacerdote y detective *per accidens*: también esta doble condición me parece una sonriente metáfora divina. Los crímenes pueden y deben ser perseguidos; la justicia violada exige reparación sin esperar al definitivo Tribunal donde todos seremos juzgados: así es y así debe ser, gracias a la superioridad que siempre tendrá la humildad sobre la soberbia. Pero si las luces del hombre pueden esclarecer el crimen y reinterpretar lúcidamente el orden trastocado; si la espada secular puede castigar al criminal con su energía justiciera... algo, lo más alto, lo más rico, lo más misterioso, la negación triunfal de la soberbia, queda en manos de una instancia infinitamente más elevada: el perdón.

Monólogo vigésimo segundo

Habla CONAN

¡Por las barbas de Crom, que algún condenado brujo estigiano ha debido echarme mal de ojo! ¡Más cerveza, posadero! ¿Es que no me oyes, bandido? Como vaya a por ti, voy a meterte esos dados cargados donde tú ya sabes... ¡Más cerveza! Estos amigos y yo estamos secos desde hace un cuarto de hora. ¡Shadizar la Perversa se está convirtiendo en un lugar mortalmente aburrido! ¡Tahúres que se hacen pasar por posaderos y ni siquiera saben engañar como se debe al incauto, bailarinas con más de sesenta inviernos a las espaldas, niños muertos de hambre con los ojos pintados y, además, ni siquiera puede uno conseguir una jarra decente de cerveza para quitarse del gañote el polvo del camino y alegrarse un poco el corazón. ¡Cerveza, digo! Hace unos cuantos años, las cosas eran muy diferentes... Recuerdo haber estado bebiendo hasta caerme con Sonia la Roja, ahí mismo, donde tú apoyas tu gordo trasero nemedio, ahí, sí, con Sonia, los infiernos la lleven, dónde andará la muy... ¡A ver, todo el mundo a brindar ahora mismo a la salud de Sonia la pelirroja! ¡Al que no beba le parto el alma! Ahora Shadizar es una mierda, ¿me oís?, el cagarrón seco y lleno de moscas de algún olifante hiperbóreo... ¡Ja, ja! Vaya, por fin llega la cerveza; no has corrido, no, ladronazo, pero te perdono porque has traído una jarra de más. Adivinas que cuando los demás toman una, yo necesito dos, ¿eh? ¡Buen bribón hijo de puta estás hecho! ¡Largo de aquí, cotilla, que estoy hablando con estos señores de cosas serias!

Como os iba diciendo, yo soy Conan de Cimmeria, el matador de dragones. Sí, dragones, monstruos, endriagos, vampiros... lo que se tercie. Los conozco de todas clases. En las montañas de Aquilonia acabé con un oso tan alto como el pino más alto de aquellos bosques, que devastaba las aldeas con hambre insaciable; y yo fui quien exterminó al espanto de la Torre Silbante, cuyo aspecto ni aún hoy me atrevería a describir ante vosotros; y ¿quién sino yo libró a los pescadores del mar de Vilayet del portentoso calamar que les diezmaba? Arañas del tamaño de chozas, serpientes inacabables, mestizajes abominables de gorila, rana y hombre... Todo lo que ronda por vuestras pesadillas yo lo he visto con estos ojos que ahora os miran y de todo he dado buena cuenta con esta misma diestra que ahora alza la jarra de cerveza. ¡Hasta la última gota y venga la segunda! Formas complejas, retorcidas, obscenas, imposibles... y cambiantes. Porque a los monstruos les gusta transformarse, hacer y deshacer su terrible simetría... Pero ¡qué vais a saber vosotros de esos trucos perversos! Mirad, yo me dediqué a este oficio cuando me convencí de que no hay pueblo ni castillo que no vivan de un modo u otro asediados por un dragón. ¡No hay que buscar mucho, no, para tropezar con el monstruo! Y escuchad lo más curioso: todo el mundo *acepta* de forma más o menos gustosa convivir con su dragón. No es sólo miedo, no, aunque naturalmente el miedo también juega su parte. Es una especie de resignación desesperada, una secreta complicidad —no me atrevo a decir: cariño— con la fuente de sus males. Parece que cada pueblo agradece a su monstruo la atención asoladora que le dispensa... Contribuye a la simplificación del mundo saber dónde vive el enemigo que compartimos con todos: se diría que el dragón es un factor de cohesión social... Las mayores dificultades en este trabajo me las han producido siempre las propias víctimas, a las que no hay a veces manera de convencer para que contraten mis higiénicos servicios y los retribuyan convenientemente. Según parece, tienen a su bestia infernal no sólo por inevitable, sino por *imprescindible*...

Ahora estoy en dique seco, como suele decirse. ¿Nadie necesita un exterminador de monstruos? ¡Atreveos a ser hombres por una maldita vez en vuestras vidas y gastaos unas monedas en sacudiros de encima el horrible habitante de estos alrededores! No me digáis que no hay ninguno, porque no lo voy a creer. Lo veo en vuestros ojos deliciosamente aterrados, en las miradas de pánico reconfortante que lanzáis por las ventanas negras de la posada... ¡Condenados eunucos, cómo le necesitáis! ¡A ver, otra ronda de cerveza, Crom me maldiga! ¡Para mí, dos jarras! Os advierto que sois vosotros quienes vais a pagar, porque yo no tengo ni un chavo. Si alguien quiere cobrarme algo, no tiene más que hablar con mi hacha de combate. No os decidís a alquilarme, ¿verdad? ¿No queréis que triture a vuestro precioso dragón? Le estáis agradecidos por ser él quien os hace el daño que os debe ser hecho... ¡Sabandijas! Sois como mujerzuelas, a las que el chulo paga y roba para que luego le castiguen con caricias abyectas. Sabéis muy bien que si muere ese dragón que os mantiene unidos, la ciudad misma desaparecerá, las tiendas serán saqueadas y las respetables matronas saldrán desnudas a las calles buscando ayuntamientos

brutales y fugaces; nadie recordará la palabra que hace obedecer a los mercenarios; serán volcados los altares de los dioses panzudos, borrachos de fácil incienso, mientras se pavonean a la luz del sol cultos prohibidos y aniquiladores; se desmigajarán las murallas tras las que dormís juntos y se os planteará la libertad fatal de desierto. Pero vosotros no queréis ser bárbaros, ¿verdad? No creo que supierais arreglároslas demasiado bien... ¡Es muy prudente por vuestra parte conservar vivo a ese dragón! Otra vez estoy con la jarra vacía... ¡Cerveza, por la Gloria Negra de Kush! Gusanos, os está vedado lo más hermoso. Conozco bien a esos monstruos que os sirven y a los que servís. ¿Queréis saber su secreto? Yo los he visto no más lejos que el largo de mi espada. Cambian de forma, ya os lo he dicho. Cuando van a morir, se transfiguran, padecen increíbles y vertiginosas metamorfosis... En ese momento, sé que tengo la batalla ganada. Vosotros nunca les veréis como yo les he visto: convertidos en algo desvalido, tierno, implorante... Perdidas sus facciones aterradoras, me acarician con una última mirada lánguida y hasta provocativa. No lo sabíais, ¿verdad? Pues es cierto: todos los dragones son hembras. Revelar ese secreto es su última baza para desconcertar al héroe que les acosa. ¡Ah, qué sabréis vosotros, ratas de Shadizar, del amor abismal y desperdiciado que revela la última mirada de los dragones! Es la verdadera recompensa que corona el valor del bárbaro, cuando la espada va a caer inapelablemente.

Monólogo vigésimo tercero

Habla JUSTINA

¡Gracias sean dadas a Dios todopoderoso y benigno que me ha permitido encontraros, noble caballero, confundiendo a la rabiosa jauría de mis perseguidores! Señor, veo por vuestro porte digno y severo que me hallo bajo la protección de un auténtico gentilhombre, de fuerte brazo y, me atrevería a asegurarlo, buen cristiano. No podéis imaginar la tranquilidad inaudita que suponéis para mí, después de tantas zozobras. Os encontráis, caballero, ante la más desdichada de las mujeres; he sufrido tanto en cuerpo y alma que la más somera crónica de mis peripecias infortunadas parecería fruto de una odiosa pesadilla. Aunque mi natural humildad me dificulte el reconocerlo públicamente, he de admitir, señor, que soy virtuosa; no veáis en ello mérito alguno, pues es disposición que me acompaña desde la cuna y que se acrecentó con el ejemplo de mis santos padres, ejemplo perdido, ay, demasiado pronto. Compartí mi infancia con una hermana a la que la naturaleza dotó de una disposición opuesta a la mía, lo que prueba una vez más que un mismo campo y un mismo abono permiten crecer el trigo y la cizaña. Julieta fue viciosa casi desde su primer aliento; la recuerdo paseando sin braguitas ni refajo ante los ojos encendidos de la servidumbre, ya a los cuatro años; luego vinieron las mentiras, los pequeños latrocinios, las burlas de los cultos piadosos a los que nuestros edificantes padres nos hacían asistir. Mientras ellos vivieron, yo me encargué como pude de su educación, no sólo con mi ejemplo, al que su torcido natural era inmune, sino denunciando puntualmente todas sus malas acciones a quien podía eficazmente castigarlas. Pero Julieta era incapaz de honestidad y continencia: en cierta ocasión, queriendo escarmentarla de sus sueños amorosos, en los que se mezclaba el delirio de grandeza con el sucio pujar de los sentidos, le insinué que nuestro caballerizo no era tal, sino un noble príncipe y que no la miraba con malos ojos; como además de veleidosa era mema, comenzó una labor de seducción con fuerza de contoneos y mohínes, tan eficaz que acabó revolcada en el pajar con aquel brutal garañón, momento en el que los descubrió nuestro buen padre, oportunamente alertado por mí. Pues bien, entonces tuve un primer atisbo de lo que luego se me ha convertido en convencimiento firme, a saber, que en este mundo casi siempre el vicio es mejor recompensado que la virtud. Porque sucedió que el caballerizo era el hijo pródigo de un riquísimo duque, de cuyo palacio solariego había huido para seguir sus malas inclinaciones; lo que conoció de los encantos de Julieta en aquel pajar antes de la vengadora llegada de papá —cabe sospechar que la muy perdida ya no era virgen, porque si no es inexplicable tanta maña— bastó para enamorarle locamente, por lo que le propuso de inmediato un ventajoso matrimonio, que contó con la excesivamente benevolente aprobación del señor duque y de nuestros progenitores. Podéis imaginar, caballero, el dolor que sentí al ver así frustrado mi pedagógico escarmiento, sospechando que el absurdo desenlace de la aventura contribuiría a reforzar la disipada concepción del mundo que ya sostenía Julieta. Me cabe la triste satisfacción de deciros que acerté plenamente: mi hermana enviudó pronto, dilapidó su fortuna y después vivió de entregar sus encantos a cuantos se lo solicitaron y pudieron pagarlo. Hace mucho que no sé nada de ella, pero la perdono de todo corazón por el mal que hizo a nuestros padres y a mí misma y, frecuentemente, rezo porque la adversidad la arroje en los brazos salvadores del arrepentimiento y la verdadera religión.

Pero volvamos a la narración de mis desdichas, si tan lamentable relato no aburre a vuestra generosa paciencia. La muerte de mi padre nos dejó a mi madre y a mí en una difícil situación económica. Mi madre tuvo que ponerse a trabajar como costurera en casa de una acomodada señora de la localidad, que la trataba de modo poco considerado, mientras yo, que siempre he tenido más dotes de administración que disposición para el trabajo pesado propiamente dicho, la ayudaba como podía en las faenas domésticas de nuestra modesta casa, sin olvidar la puntual asistencia a los servicios religiosos que ella descuidaba cada vez más. En la conducta de mi madre, espejo de virtudes hasta aquella fecha, comenzó a darse un sensible cambio: sus austeros vestidos de viuda se fueron descocando más y más, hasta hacerse francamente escandalosos; los días de asueto que le concedía su trabajo los dedicaba a frecuentar bailes y otros esparcimientos livianos, de los que solía volver ya de madrugada y casi nunca sobria. Pero lo más notable fue la transformación que experimentó su relación conmigo, pues insistía de modo desconsiderado y hasta grosero en que debía entrar a trabajar como doncella en alguna casa rica o casarme de una vez. Le expliqué con sumisa paciencia en repetidas ocasiones que las muchachas que se veían obligadas a entrar en el servicio doméstico eran pronto víctimas de los peores abusos contra su pudor y recato, mientras que, por lo tocante al matrimonio, no me sentía yo con fuerzas para soportar las imposiciones –lícitas, sí, pero brutales a menudo– del débito conyugal, ni la carga meritoria pero tosca de la maternidad. Una tarde, mi madre se presentó en casa acompañada de un caballero de apariencia acomodada pero nada distinguida, al que dijo haber invitado a cenar con nosotras. El caballero envió a su criado, de aire francamente patibulario, a buscar una suculenta comida, pródiga en especias y picantes, así como un número a todas luces desmedido de botellas de vino. Yo apenas probé una pechuguita de pavo y unos dulces, rechazando con firmeza beber el alcohol que con suma insistencia me ofrecían, pero ellos tres (pues el criado también se había sumado a la francachela, primero discretamente y luego con absoluto descaro) pronto convirtieron nuestro refrigerio en una repugnante orgía. El caballero –si es que puedo llamarle así sin ofender a quienes, como vos, lleváis más dignamente ese título– comenzó a dirigirse a mí en un lenguaje cada vez más libre, mientras intercambiaba con mi madre, que estaba completamente borracha, soeces bromas acerca de mi doncellez. Poco después el criado levantó con esfuerzo a mi madre, ya medio desnuda y en un estado de abyecta hilaridad, y desapareció con ella en el interior de la casa: quedé sola con nuestro lúbrico anfitrión. Redobló de inmediato sus asaltos a mi virtud, de los que apenas podía escapar gracias a la torpeza que le producía la embriaguez; finalmente, acorralada y desesperada, recurrí al hurgón de la chimenea y le asesté un tremendo baquetazo en el cráneo que lo tendió como muerto. Temiendo ser inculpada por la justicia humana, que no por la divina, recogí mis escasas pertenencias y el poco dinero que mi madre y yo teníamos ahorrado, para huir de inmediato; me pareció una adecuada lección a mi depravada madre el tener que enfrentar la responsabilidad de un crimen cuando despertase del sopor bestial en que sus excesos la habían sumido. Más tarde y ya lejos, supe que tampoco en esa ocasión el orden de los acontecimientos había cumplido las exigencias de una moral recta: en efecto, el indigno caballero no murió a consecuencias del mazazo que le propiné y se convirtió en munífico protector de mi madre, cuya casa utilizó como cuartel general de sus bacanales; ella, por su parte, renegó de mí, tachándome de ladrona y casi asesina, mientras lanzaba los esbirros de la desorientada justicia humana tras mis inocentes pasos.

Abreviaré la crónica de mis infortunios. Por todas partes, tanto en la ciudad como en el campo, en el convento y en el palacio, he tropezado con la misma concupiscencia desatada, el mismo dejarse arrastrar por lo más bajo, la misma negación de las cosas del espíritu. Como nunca he claudicado de mis principios ni he renunciado a procurar de un modo u otro el regenerador castigo de los culpables, preludio terreno de lo que les aguarda en el más allá, me he hecho odiosa a los ojos viciosos del mundo. Ahora mismo me veo perseguida y vilipendiada, a causa de haber denunciado ante el obispado a un influyente jurisconsulto que me había ofrecido el puesto de ama de llaves en su casa y cuyas opiniones libertinas en materia de religión me habían sublevado. ¿Acaso es pecado de ingratitud poner los intereses de Dios por encima del beneficio terrenal? Pero los gozadores se apoyan unos a otros y la suerte parece sonreírles constantemente, dándoles los mejores bocados de un festín en el que la virtud no alcanza sino las migajas. Mas temo aburriros, noble señor. Os agradezco de todo corazón la hospitalidad que me prestáis y espero pagárosla con alguna conversación edificante como esta que hemos sostenido. Mañana, si me lo permitís, me atreveré a contaros los vejámenes físicos que he debido sufrir y el abominable modo en que perdí la preciada flor de mi doncellez. Por el momento, tras unas oraciones que nunca omito por cansancio ni descuido, me retiraré a mi lecho para dormir, pues llevo demasiadas horas de fatigosa huida. Por favor, caballero, tened la bondad de indicarme mi dormitorio.

Monólogo vigésimo cuarto

Habla SAM SPADE

¿Gutman? ¿Cairo? Wilmer está fuera, vigilando la puerta; y tú siéntate aquí, Brigid, a mi lado. La función comienza de nuevo: volvamos otra vez a nuestro asunto. Ya ni recuerdo cuántos halcones llevamos encontrados durante estos últimos años, cada uno saludado con entusiasmo como la pieza de valor incalculable que buscamos, para luego ser cada uno rechazado como mísera falsificación. Por nuestras manos han pasado halcones de barro barnizado, halcones de obsidiana funeraria, halcones de plástico, gravosos halcones de plomo, de granito, de ágata... Ninguno ha sido otra cosa que vil remedo del pájaro de oro y pedrería que los Caballeros de Malta quisieron regalar a Carlos V, dando comienzo a una persecución prodigiosa que ha durado hasta nosotros y durará más allá de nosotros. Esto es algo que debemos tener muy claro: el vagabundeo enigmático de esa joya no acabará el día que nosotros la encontremos, si es que tal día llega alguna vez; seremos simplemente una peripecia más del largo vuelo de ese halcón, un hito fugaz en un destino cuyo alcance global se nos escapa y que sólo podemos conjeturar como arbitrario juego de azares o como plan riguroso, según nos sintamos agnósticos o creyentes en la Providencia. Podemos predicar del halcón maltés lo que los teólogos nos enseñaron del alma que cada uno –a ti también, querida, se te reconoció finalmente ese privilegio dudoso– poseemos: tuvo un comienzo, pero hay que aceptar que ya no tendrá final. Abrumados por la caterva de simulacros que nos hemos visto obligados a frecuentar con ilusión siempre traicionada, podríamos justificar nuestro reiterado fracaso adoptando una u otra de estas dos hipótesis: quizás el halcón no exista o quizá ya lo hayamos tenido en nuestro poder sin acertar a reconocerlo. La primera de esas escapatorias (ambos planteamientos no aspiran más que a dar coartada a nuestra pereza y librarnos de la obsesión que perseguimos y que nos persigue) es la forma más trivial y presuntuosa de elevar nuestra zozobra actual a solución definitiva del problema, pues ¿qué otra cosa viene a ser decir que algo no existe sino constatación de que todavía no lo hemos encontrado? Hallar algo es prueba de su existencia, pero postular la inexistencia de algo –su no encuentro posible– es dar al abandono de la búsqueda una palinodia metafísica. Más interesante es la sospecha de que el halcón ya ha pasado por nuestras manos sin ser reconocido: y cuando digo más interesante, quiero decir más *estimulante,* pues de una consideración rigurosa de esta posibilidad no es forzoso sacar la conclusión de que nuestra tarea debe ser abandonada. Puede ser que alguno de los simulacros de halcón fuese un simulacro de simulacro, esto es, el halcón mismo; quizás un primer camuflaje evidente reveló como auténtica identidad lo que no era sino el verdadero camuflaje, al que esta sutileza hizo impenetrable. Aún más: quizás hayamos tenido al halcón en nuestro poder muchas veces, siempre equívoco de distinto modo; quizá debamos conquistarlo y perderlo muchas veces más hasta llegar a verlo tal cual es y alcanzar finalmente las riquezas que promete. No raspando esmaltes, sopesando, arrancando lascas o pulverizando de un golpe seco aprenderemos a discernir la imitación de lo imitado, sino acatando pacientemente que la verdad es el engaño más fuerte y que sólo el frecuentamiento de remedos y espejismos puede aproximar su revelación.

A fin de cuentas, ¿qué es lo único que sabemos de cierto sobre esa dichosa *rara avis*? Que se nos parece. El halcón es como usted, Cairo, recargado y fastuoso, con un punto de degradación oriental en su proyecto mismo, mitad soborno y mitad desafío; pero aún más se le parece a usted, Gutman, con quien comparte el tesón invulnerable que agota los recursos del mundo sin agotarse y la sagaz disposición a permanecer en la sombra, dictando la ley de los aconteceres con su simple presencia latente, suavemente amable pero letal; y, tal como Wilmer, el halcón se mide a sí mismo en asesinatos y no pretende valorar su estirpe más que como fulgor adolescente de violencia pura. También a ti y a mí, Brigid, nos refleja ese halcón o se deja reflejar por nosotros: como tú, es evidente e inescrutable, rueda de mano en mano sin que nadie pueda proclamarse su dueño, cerrado, completo en sí mismo... lo único cierto de él es que transcurre enmascarado por la vida, como tú misma, ése es tu caso, encanto. Sé que el halcón es como yo, porque yo soy el único que no lo desea, sino que sólo juego

con vuestro deseo a fin de saldar una vieja deuda: desnudo de codicia, me he hecho un palacio subterráneo, sucio y atosigante como una estación de metro, en los intersticios de la codicia ajena; desde allí, sueño lealtades imposibles, lealtades por las que nadie diera ni recibiese daño. Prosigamos, pues, nuestra búsqueda, sin flaquezas ni esperanza: partamos una vez más hacia Constantinopla. El halcón somos nosotros o, mejor, el halcón simboliza la relación en la que nos vemos entretejidos. Cuando un día despertemos con él en las manos, habrá sonado el clarín de nuestra batalla definitiva y nos destruiremos los unos a los otros como una fiera nube que se desgarra al tropezar con la cumbre de una montaña; si hay algún superviviente, ya no se parecerá a él mismo y tú y yo, querida mía, reivindicaremos la sangre traicionada de nuestro amor en orillas opuestas.

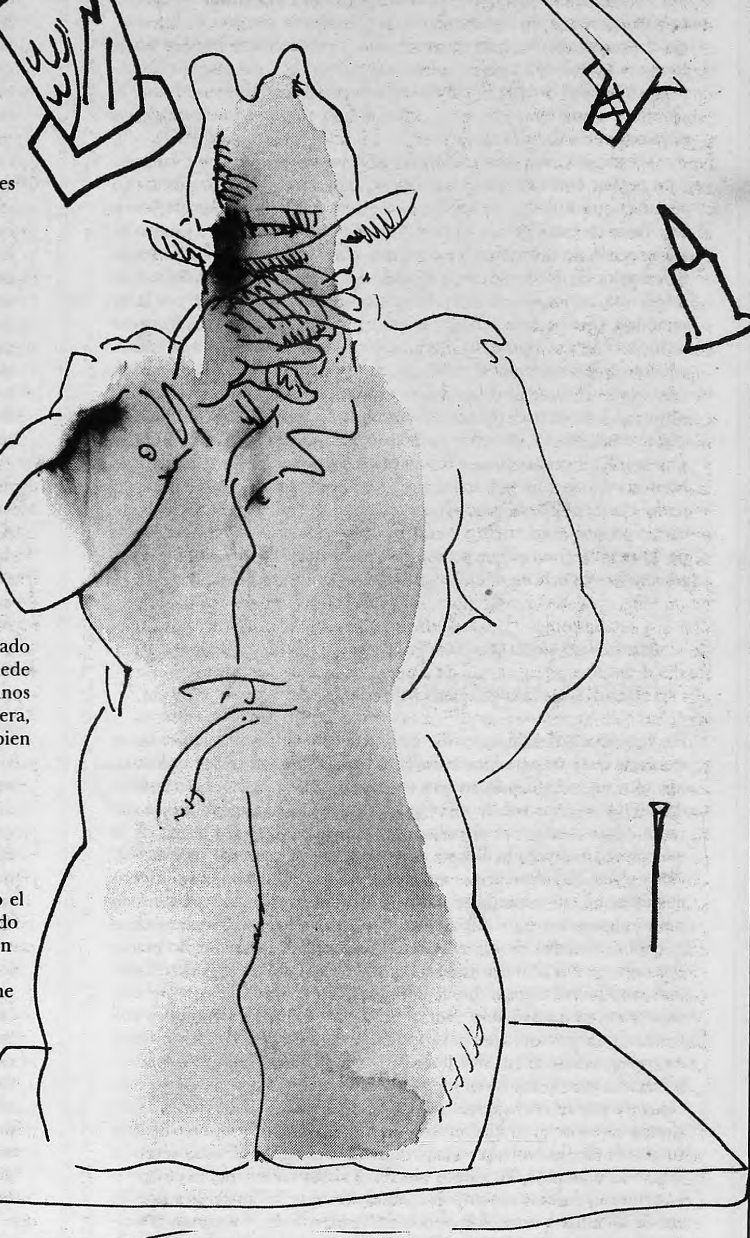
Monólogo vigésimo quinto

Habla BERTRAN DE BORN

¡Deteneos, poetas, pues creo que ambos lo sois, tanto el que ya es sombra imperecedera como el que todavía disfruta la dulce carne mortal! No me temáis: el fantasma que os habla también fue poeta y no mucho peor que los mejores. Acércate un poco más a mí o permite que me acerque, pálido visitante de nuestros horrores; veo que te estremeces y te mantienes a una recelosa distancia, aunque atento: no puedo culparte. Mi condena es hablarte desde la cabeza cortada que mi propia mano —el espectro de lo que fue mi mano— sostiene por los cabellos como si llevase un infausto candil. Esa mano que tanto gozó con el manejo de la espada, de la ballesta y con la pluma, esa mano es el garfio del que ha de colgar por una irrevocable eternidad el despojo parlanchín que ahora te espanta. Créeme, no es que me desagrade producir temor, pues disfruté con ello en mis días, pero me duele que lo que hoy haga temblar —y hoy ya es siempre— no sea mi coraje o mi destreza con las armas, sino la miseria de la condición a la que me veo reducido. Pero valor, valor. Tenlo tú, que aún puedes esperar, y lo tendré también yo, que ni aun desesperado desespero. Ni en el mundo de los vivos ni en el de los muertos puede valer algo más que lo que valor se llama. Del valor sacaron los latinos el nombre de la virtud y no podían encontrar etimología más certera, pues toda virtud es una forma de arrojo. Si esto es cierto, como bien creo, aquí tienes a un maldito al que la cólera de Dios hace pagar su virtud y no sus vicios: quizá mi caso no sea tan insólito como pudiera parecerte... Pero que lo que me ha perdido venga ahora a asistirme y a ti tampoco te falte, para que toleres el horror de mi aspecto y escuches esta queja en la que ni disimulo mi delito ni reniego arrepentido de mi nombradía. Ya sabes que tanto el privilegio como la condena del réprobo consisten en seguir siendo impenitente mientras dure la eternidad: ése es el infierno y también la fuerza que ayuda a soportarlo.

Os he dicho que fui poeta; no os engaño si ahora afirmo que me veis sufrir aquí por no haberme resignado a ser sólo poeta. El poeta debe correr junto al arzón del héroe como un jadeante lebrel y atrapar al vuelo las migajas de gloria que sobran en el festín de éste. No quise limitarme a ese destino de lacayo. La poesía es un complemento o un aderezo, pero no un fin en sí misma: canta al amor y sin duda lo embellece, pero lo importante es el amor y no la poesía; elogia las hazañas del guerrero, pero ni las sustituye ni las supera; da voz a pasiones y terrores que sin ella serían mudos, pero no por eso dejarían de ser y ni tan siquiera palidecerían. Pensar lo contrario, creer que Troya ardió para dar pretexto a un canto o que la belleza de Filis debe su esplendor al hecho de haber sido celebrada en hexámetros, es huera arrogancia de poetas, que tienen insolencias de criado y pretenden ser sustento de quien les sustenta. Celebrar el mundo está bien, pero es tarea secundaria y dedicarse exclusivamente a ella señala la incapacidad para lo más grande, aunque protestada, eso sí, por la vanidad. En mis sirventesios canto la alegría del campamento que despierta en vísperas de la batalla, entre fulgor azulado de yelmos y revuelo de gallardetes, porque soy un guerrero y conozco bien el alba santa del combate: no la cambiaría por ningún puñado de voces medidas. Si no fuera capaz de acosar al jabalí, de amar la generosa dulzura de las bellas y de rendir su altivez, si no pudiera dar a mis blasones otro lustre que el que presta la lira, de nada me valdría llegar a ser el más grande poeta que los tiempos hayan conocido. Así pensé entonces, cuando mi testa todavía se erguía orgullosa sobre mis hombros, y ahora también pienso lo mismo, aunque ya no soy ni seré más que un espectro aborrecible que sólo conserva de su antigua nobleza la aptitud para despertar temor antes que lástima.

Para el varón distinguido y que busca distinguirse, no hay empresa cuya tentación supere a la de la política ni vértigo más feliz que la guerra. Ésos fueron los juegos de mi vida, los que mejor cuadraban a alguien de mi astucia y coraje. Una vez escribí que más grato que comer o dormir es galopar con la espada en la mano, mientras oímos gritar «¡a ellos!» desde izquierda y derecha. Pero no olvido la dicha sigilosa de las celadas, el engaño de una alianza que no se respeta y vuelve sus garras contra quien en ella se sentía seguro, la estocada implacable de la intriga. ¿Vileza? No hay vileza sino para el vil. Cuando el juego es intenso y fuerte, sólo denuncia las trampas quien no es capaz de percibir en el momento justo las modificaciones que las reglas sufren a cada instante ni de imponer en su provecho tales alteraciones. Fui más hábil que otros, pero no más traicionero. ¡Y qué rivales tuve! Raimundo de Tolosa, Alfonso de Aragón, Enrique de Inglaterra, mi pro-



pio hermano Constantino, al que disputé y finalmente gané el señorío de Altaforte... De Ricardo Corazón de León fui primero enemigo y más tarde aliado: era un caballero galante y con excesivo gusto por lo misterioso, infección que debía venirle de su trato con los templarios; de todos mis contendientes, fue el único que apreció más mis versos que la finura despiadada de mi estrategia. Cada uno de esos nobles señores hubiera bastado como enemigo a cualquier gran rey; pero el dueño de Altaforte los mantuvo a raya a todos, ganándoles partida tras partida. Quizá fui de los últimos que pudo permitirse el lujo de sostener este tipo de retos. Los reyes van devorando los señoríos, por afiliación o doblegamiento; las piezas del juego político serán naciones y no ya apellidos ilustres sostenidos por el esfuerzo de algún brazo privilegiado y un cerebro sutil. Los hombres pierden su libertad, quizá porque ya no la merecen; desean ser protegidos porque no se sienten seguros de su audacia. En cualquier caso, ¿qué puede esto importarme a mí? Si el temor os lo permitiese, deberíais sonreír ante la paradoja de un alma que ya se sufre eterna y empero no renuncia a deplorar el curso de la historia...

¿Mi pecado, entonces...? Confiar en la juventud y el honor valeroso para acabar con el extranjero invasor que pretendía sojuzgarme. Yo alenté contra Enrique de Inglaterra a su propio hijo, el llamado Joven Rey. Serví de este modo a un espejo de auténticos caballeros y a una visión cuerda de mis intereses políticos, pero pequé. Cuando el Joven Rey murió, no dudé que eso anunciaba sin lugar a discusión el final de mi carrera, aunque fue más mi dolor por su desaparición que por la inminencia de mi ocaso. El elogio fúnebre que le dediqué no es fruto del artificio retórico, sino de la admiración y la amistad, pero aun entonces comprobé cuánto más pálido es el producto poético que la pasión cuyo canto realiza. Y sin embargo, esos versos son lo que perdura de nosotros. Los versos y mi pecado. Sembrar la discordia: ése es el título oficial de mi delito. Por sembrar la discordia, el Dios de Caín y Abel, el que lanzó las plagas contra los egipcios para beneficiar al pueblo de Moisés y dijo que no venía al mundo a conciliar sino a enfrentar al hermano con la hermana y al hijo contra su padre, el Dios justo y potente que reconoce a los suyos y persigue a los impíos, me ha decapitado para siempre. Le reconozco un gusto atroz por la metáfora. Mira y pasa, poeta cuya hora definitiva todavía no se ha cumplido.

Monólogo vigésimo sexto

Habla EL HOMBRE INVISIBLE

He venido a buscarte, querida. No enciendas la luz, por favor: no te ayudaría en nada para localizarme y a mí ha llegado a serme dolorosa. Mis ojos sin párpados se anegan en clara lumbre cuando... No enciendas. ¿Qué podrías ver de mí? He suprimido las ropas que utilicé durante cierto tiempo, al principio, para dotarme de esa imagen de la que carezco: el pesado abrigo, el sombrero, los guantes, las gafas oscuras y aquellas vendas que atrapaban mi perfil huido. Ya no quiero deslindarme, ni superponerme a lo que me rodea, ni orientar en modo alguno los ojos impotentes que me buscan por la dimensión que he desertado. Ni siquiera para ti volveré a disfrazarme, acéptame desnudo, por favor, renuncia al consuelo cansado de mi rostro familiar. Pero no me olvides. Estoy aquí, muy cerca, oyéndote respirar con sobresalto mientras hablo. Nunca te faltaré, amor mío. Tampoco volveré a serte gravoso. De vez en cuando, durante días enteros o quizá meses, guardaré silencio y podrás despreocuparte por completo de mí. Será como si me hubiese ido, ya lo verás... ¡Oh, perdona que me ría, pero eso de «ya lo verás» tiene su gracia, no me lo niegues! Las expresiones sobreviven a la aptitud de su uso. A lo que iba: voy a serte muy cómodo. No volverás a experimentar el fastidio de una presencia demasiado patente, los rasgos mil veces vistos en los que el enfado o la pena son muecas sin sorpresa, las manos que se cruzan siempre de modo idéntico o reconvienen con gesto invariable. Y tampoco observarás ya los progresos de la decadencia que arruga, blanquea, disminuye, despuebla, encorva, hace temblar... No será necesario que te esfuerces por interpretar lo que pienso, como antes cuando me veías con aire ausente; ni habrá más mudos reproches, súplicas mudas, mudas protestas. Me oirás reír y no me verás llorar: por fin seré ese hombre alegre que siempre has deseado...

No sólo es mi físico lo que mejorará, al borrarse: también espero hacer progresos morales. Creo que la arrogante exigencia de que nos vean vivir es el vicio capital en nuestra relación con los demás; nos impide contemplar la vida de los otros o convierte tal ejercicio en desasosegada comparación, en búsqueda de refrendo o infidelidad, en prevención de las ofensas de leso espectáculo contra nuestra propia exhibición. Ser vistos es lo que nos impide ver: lo que vemos sólo cuenta para nosotros por relación a lo que mostramos. El amor no sólo no resuelve esta situación, sino que la empeora. El amante es un espectador de primera fila que debe asistir forzosamente a la representación ininterrumpida de nuestra vida, interpretada para él con azorado entusiasmo. Y ¡ay de nosotros, ay de él, si descubrimos bostezos mal disimulados y aplausos poco convincentes en los momentos álgidos de la función! Cierto, no perdemos detalle del comportamiento de nuestro amor pero no por interés en él mismo, sino porque es la única forma de confirmar la atención que nos presta: vigilamos su vigilancia. ¿Cómo evitar que tal pugna de exigencias contrapuestas, aunque diabólicamente complementarias, acabe en extenuamiento o locura? Bien sabes que lo he intentado todo para no obligarte a padecer ni tener que vivir perpetuamente atribulado por tu causa. Ahora pienso que por fin estoy en el buen camino. Uno de los dos debía deponer su pantomima y me parece justo ser yo quien la abandone, pues es notorio que a ti te agradaba cada vez menos y a mí tampoco me parecía nada más que mediocre. Por eso inicié estos experimentos casi mágicos de antievidencia, cuyos primeros resultados, lo confieso, me aterraron hasta un punto inconcebible. ¡Qué patéticamente intenso es nuestro deseo de ser contemplados, de no ceder imagen irrevocablemente! Porque en seguida me di cuenta de que iniciaba una travesía de la que no hay retorno posible: nadie volverá a verme, nunca, salvo quizá cuando la muerte me devuelva al escenario por última vez para ser objeto de breve y desolada curiosidad. O también pudiera ser que ni siquiera en ese trance postrero recuperase la visibilidad, lo que restaría patetismo a mi desaparición definitiva e incluso me haría un poco inmortal... Lo único que debo hacer es procurarme un rinconcito discreto y alejado para mi agonía, pues nada me disgustaría tanto como ser delatado luego por el olor. Pero perdóname, amor mío: sin duda te estoy fastidiando o entristeciendo con estas fúnebres conjeturas.

Ahora podré dedicarme sin cesar a contemplarte. Seré tu testigo incansable y por fin veré todo lo que de tu vida desconozco, las mil cosas que antes se me escaparon por mi obsesión de hacerme notar. ¡Qué infinito alivio despreocuparme para siempre de la mejor forma de presentarme ante ti! Sólo aspiro a ser tu acechador. Pero tranquilízate, vida mía, no creas que mi constante espionaje tendrá algún motivo de censura o venganza. No deseo modificar en nada tus costumbres ni coartar mínimamente tu libertad. Es precisamente tu libertad lo que quiero observar... ¿cómo serás, una vez libre? Comprendo que con mi desaparición del ámbito de lo visible he perdido muchos derechos que quizá tuve y renuncio alborozadamente a ellos. He sido demasiado celoso pero, compréndeme, es que no te veía. Sería absurdo conservar mis celos ahora que me dispongo a verte sin tregua. Vive tu vida, por favor: sólo quiero asistir al espectáculo de tu vida. Como ya nada pasará a mis espaldas, podrás hacer absolutamente todo lo que desees y yo me regocijaré con el menor de tus gestos. No se ofende a un invisible; quien no tiene imagen, no puede ser traicionado. ¡Qué fácil me parece ahora todo! Podría haberme ahorrado tantos sufrimientos borrándome antes y también habértelos ahorrado a ti... Pero ya sólo el futuro cuenta. Debemos empezar nuestra nueva complicidad, tú dejándote ver y yo mirando.

Y quizá por las noches me acerque a ti, como ahora. Raras veces, te lo juro, muy, muy raras veces. Tú no debes encender la luz en esas ocasiones. Sería grotesco, ¿no? Me arrodillaré en silencio al lado de tu cama y tiraré un poco de la sábana, para llamar tu atención. Así. Y entonces, si quieres, si te parece, para complacerte a ti misma complaciéndome, me acariciarás el rostro desvanecido con tus manos y sabrás que, a pesar de todo, sigo siendo yo. Quizá te guste recordar con los dedos a qué sabía mi perfil... El juego no se prolongará, te lo prometo; quizá ni siquiera llegue a producirse jamás, salvo hoy. Y hoy no cuenta, amor mío, porque hoy tengo que comprobar si has entendido bien en qué ha de consistir nuestra nueva vida. No enciendas la luz, por favor. Sobre todo, no enciendas la luz.

Monólogo vigésimo séptimo

Habla DON MIGUEL DE MAÑARA

Hermano, por caridad, repara atentamente en lo que vengo a decirte: escúchame con sosiego aunque yo sea el peor de los hombres que en el mundo han sido o quizá precisamente por eso. De mí no recibirás halagos, sino sólo consejos, puesto que es un muerto quien te habla. Un muerto que, desde su experiencia irrefutable, adoctrina a un moribundo. Como te digo, fui en vida el peor de los hombres, es decir, el más débil: ¡yo, que desde mi pubertad soñé con hacerme invencible

como Alejandro, duro como una montaña desafiante sobre la que tiembla imantada la luna llena! Quise la fuerza, aspiré con pasión a la plenitud de la fuerza, porque sólo ella nos hace gustar el sabor de lo incorruptible; te lo diré de otro modo: desde muy joven supuse que todo fallecer es un desfallecer, que la muerte es sólo una forma suprema de extenuamiento o de rendición, que un tesón que no flaquea en el ejercicio creciente del poderío nos garantiza rango de inmortal. Entiende bien que de nada de esto abdico; hasta este punto razoné correctamente y sólo la aplicación inmediata que di a mis sanos principios fue equivocada, viciosa y debilitadora. Yo tenía catorce años cuando comencé a ejercerme en mis propósitos de inmortalidad: me sentía hermoso y extraño, como una daga italiana, y crecía en mis riñones un empuje al que dediqué en primer término una consideración intelectual. Allí estaba el camino de la fuerza y ese camino apuntaba como una brújula rijosa hacia las mujeres. A los catorce años seduje a mi primera enemiga, a la que debía ser primer peldaño de lo que imaginé ascenso a la invulnerabilidad y era en realidad bajada a lo exangüe: fue una niña sevillana de andares púberes y fogosos, a la que pretendían casar próximamente sus padres con un terrateniente que la triplicaba en edad. Vinieron después muchas doncellas y otras que no lo eran tanto, damas de alcurnia aburridas de maridos gotosos y religiosas de vocación muy distinta a la del servicio divino; no desdeñé, empero, a las mozas de partido, a las dueñas tanto más ávidas cuanto más viejas e incluso —¡Dios me asista!— a mi propia hermana. A unas las conquisté montando asedio al modo usualmente establecido, a otras las seduje de forma tan sutil que no cayeron en la cuenta hasta el último momento y después debió de quedarles un sabor como a sueño, a bastantes otras las violenté sin miramientos. Advierte mi miseria, hermano, que ni del relato de los vicios que me condenan puedo extirpar totalmente la vanidad, como si ésta, engañoso remedo de júbilo que el hombre ha de obtener al saberse configurado a imagen y semejanza del omnipotente Dios, debiera acompañar todo cumplimiento eficaz de un querer humano.

¿Por qué me hacían sentir fuerte estas victorias amorosas? Porque frente a las mujeres me podía comportar de un modo que yo juzgaba plenamente *activo*. La mujer no encarna tanto la pasividad como la ciega y terca resistencia; todo en ellas es voluntad de resistir con abismal encanto, las honestas se resisten a ser poseídas, las fieles se resisten a traicionar, las lúbricas se resisten a dar tregua a la carne, las orgullosas se resisten a ser compartidas o a compartir, y todas, absolutamente todas, se resisten a ser abandonadas, postergadas, olvidadas. La resistencia en unas es coquetería; en las menos, sincero pudor, y en otras, vileza; pero a fin de cuentas siempre desemboca en lo mismo: obstinación de arañas en no dejar ir a la presa, desesperación de quien no sabe ser más que por medio de otro y nunca puede estar plenamente segura de alcanzar verdadero señorío si no hay algo en el otro que se deja avasallar. El designio de la mujer es reducir y amansar la inaquietable actividad del varón, encauzarla en el simple designio reproductivo que es fortalecimiento y conservación de la especie, pero debilitamiento y muerte del individuo. ¡Qué júbilo sentía yo al vencer todas las resistencias del acercamiento y las mucho más fuertes del abandono, al ver que mi actividad pura esquivaba todas las asechanzas de lo opaco, de lo repetido, de lo que aspiraba a fijarla en un solo punto para siempre jamás! Pero, ay, hermano, que andaba yo más errado que pecador, con serlo y muy grande. Comencé a percatarme de que la actividad se esteriliza y aquieta si no juega su partida con otra actividad enfrente; doblegar la resistencia de aquello cuyo destino final no es otro que resistir viene a ser algo puramente mecánico: a fin de cuentas, resulta ser la resistencia misma quien impone las reglas. Estrellando mi actividad contra las mujeres era yo tan loco como quien se revuelca en la arena del desierto fingiendo movimientos natatorios y así cree hallarse en la inmensidad abierta del mar. Poco a poco, acaté esta verdad: ser activo significa enfrentarse a lo activo; la fuerza nace del contraste con la fuerza, tal como surge la chispa del indómito congreso de dos piedras. Necesitaba un adversario de mi talla o, mejor, un adversario cuya talla diera medida de la mía y ocasión de acrecentarla. Lo busqué en cien desafíos con las mejores espadas de Italia y España, pero aquellos maridos ultrajados, padres ofendidos y previsibles vengadores no resultaron menos mecánicos y previsibles que sus perforadas hembras. Creí haber encontrado lo que buscaba cuando me vi por primera vez frente a un toro bravo, cuya nobleza fiera doblegué tras muy larga lucha, pero las reiteraciones de la lidia me fueron revelando sin ambages el fondo incurablemente hervíboro de esa bestia mitológica: a su contacto, comenzaba a abovinarme yo también y a adquirir los modales chulescos y encanallados del matarife. Entonces fue cuando recibí la terrible bofetada de Dios y, temblando, recogí el guante del más alto desafío. Ahora vivo en este Hospital de la Caridad, entre llagas y agonías, asaltado día tras día por la miseria, la vejez y la inmundicia: Alguien pone su mano inescrutable contra mi pecho y empuja con la fuerza inaudita de cien huracanes. Yo resisto, deshecho y triunfante, orgullosamente humilde, porque he sido elegido por el único que tiene realmente dónde elegir. Quiero que mis cenizas sean enterradas en lugar de paso, para que las pisotee la cotidianidad cuando yo esté definitivamente lejos de ella; y quiero que una sencilla losa recuerde que fui el más grande pecador y el peor hombre que el mundo ha conocido, para declarar así la nombradía de mi adversario. Hermano, reza por mí y medita sobre las asechanzas que tuvo mi camino.

Monólogo vigésimo octavo

Habla NERÓN

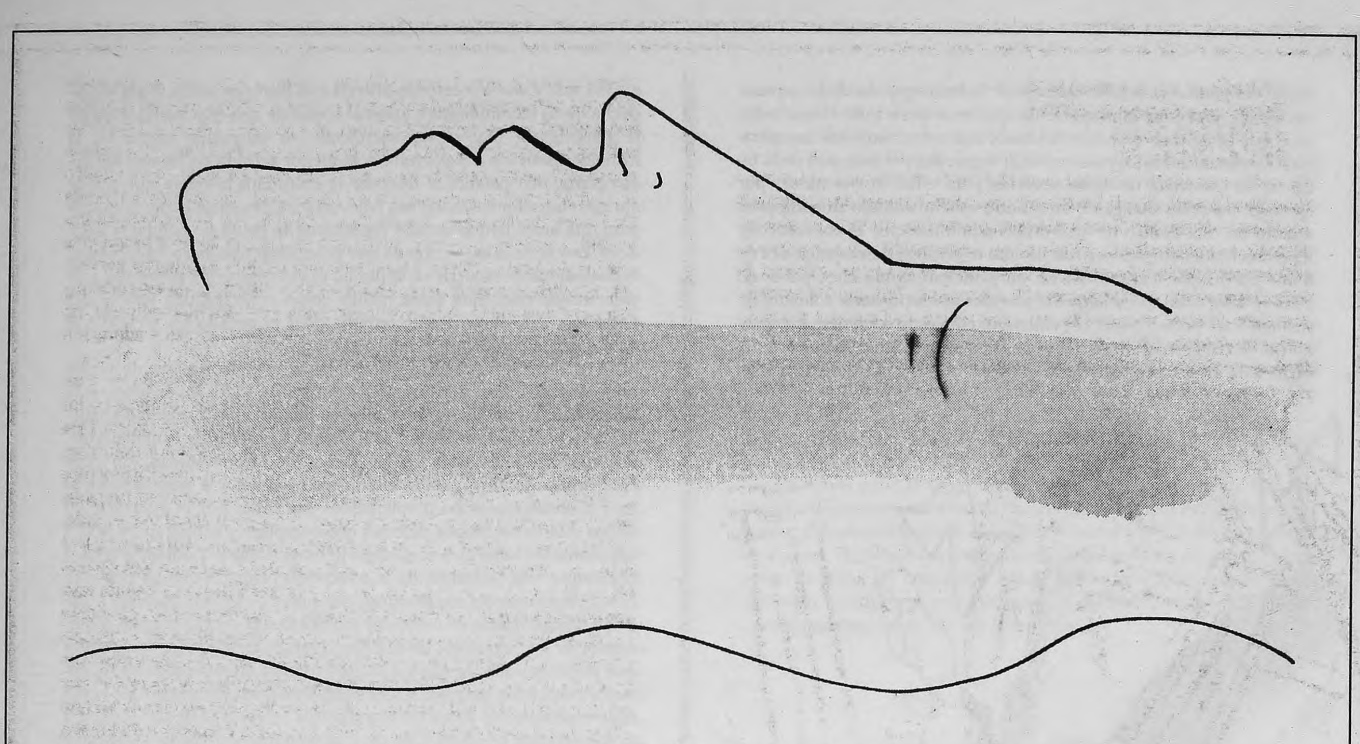
Cuando repaso la simplicidad en el esplendor de mis piedras favoritas –amatista, ónice, ágata, esmeralda, aguamarina, carbunclo, jacinto, topacio...– siento envidia, desde luego, pero también una especie de ternura congelada. ¡Qué eficacia la de su maravilla y qué tesón en lo bello y qué gracia dura, concentrada, secreta, invencible! De estas gemas debería estar hecho el corazón del artista: nadie puede verdaderamente crear si no tiene las entrañas talladas en piedra preciosa, rutilante y sólida. ¡Triste error el de quienes sueñan con enseñorearse alguna vez de la eterna belleza y desean un alma sensible, estremecida



por vapores crepusculares y fiebres sin causa! La hermosura no brota de las pulsaciones de vísceras conmovidas, descomponiéndose casi de emociones y arrebatos, sino que se refracta en la rigidez inexorable de artistas lunares. Dentro de los zafiros acecha coagulado el obstinado mar pero también el firmamento y sus presagios: la esencia de ambos, su hondo prodigio, lo que pretenden captar en vano las rimas del poeta y la perspicacia del pintor. El rubí arde sin consumirse ni inmutarse siquiera en modo alguno: a través de su urna de cristal vemos la gloria del fuego ensangrentado sin percibir calor ni necesitar la ayuda de esclavos jadeantes bajo el peso de los combustibles. Así debiera ser la voz del artista más alto: probablemente esta incorruptible pulcritud fue el atributo de aquel canto con el que Apolo derrotó al contorsionista Marsias. Ni los sátiros ni los satíricos tienen nada que hacer frente al dios de la armonía... ¿El dios o los dioses? ¿No soy yo mismo divino y precisamente en cuanto músico? Pero no he logrado todavía acorazar suficientemente mi pecho ni he conseguido las envidiables propiedades del diamante. Soy tierno, me fundo como la nieve al sol en cuanto arrecian mis placeres o mis dolores; tengo epilepsias de niño frente a lo que deseo o admiro o temo... ¿Qué arte puede nacer de estos vértigos y de estas lágrimas de alcahueta borracha? En vano hago ejercicios de imperturbabilidad y recurro a las consejas de ese solemne farsante, Séneca. He progresado algo, sin duda, pero todo lo conseguido puedo perderlo en un segundo: la voz de algún cómico bien dotado recitando unos versos de Virgilio –la amarga despedida de Dido, por ejemplo– me produce convulsiones de piedad; las manos incansables de Popea jugando con mi cuerpo durante largas y raras, ay, noches, aniquilan deliciosamente el equilibrio de mis nervios; una palabra o un gesto que me contraríen entre los que me rodean y renace el viejo, insondable furor. Entonces vuelvo tristemente a la lección serena de mis musas geológicas y me abismo en una adoración melancólica de berilos y ópalos.

Mi pecado capital es la compasión. Se trata de una maldición y un destino, algo que me aniquila hasta la náusea con sus zarpazos en los momentos en que veo más próxima mi transfiguración artística. Tengo una capacidad casi ilimitada de compartir los espasmos dolorosos de quienes me rodean o incluso de seres remotos cuyos sufrimientos imagino con todo detalle en mis largos insomnios. Toda carne padece, se retuerce, gime, agoniza entre torturas diez veces al día: es indudable, es insoportable. ¿Cómo podría *olvidarse* una cosa semejante? ¿Por qué pueden olvidarlo los demás y yo no? Ésta no es una de esas constataciones que enriquecen la vida y brindan inspiración para nuevas obras de arte, sino una obsesión paralizadora que roba el aliento necesario para todo goce y toda creación de largo alcance. Estoy bloqueado por la piedad. Mi música se resiente de la lobreguez que me consume, mis versos no alcanzan jamás esa alegría y esa serenidad que mis jornadas tampoco conocen. ¡Ah, si pudiera despreciar de veras a mis semejantes, si pudiera despreciarlos hasta la suprema indiferencia, hasta la absoluta incuriosidad por sus incesantes males, por el repertorio abrumador de sus desdichas! Entonces Homero palidecería de envidia ante los logros sublimes de mi lira. Pero no hay tal: vivo fascinado por los padecimientos que veo, que presiento, que busco... Estoy sediento de compartir estertores, de llorar mares de angustia en compañía de cualquier doliente que me permita gimotear a su lado. No brindo ningún tipo de consuelo: he ahí una forma de hipocresía para la que soy visceralmente inepto. Por el contrario, es el desconsuelo lo que me atrae y cuando encuentro uno de calidad absolutamente irrevocable lo mimo con delicadeza maternal, hurgo con delectación compungida en su sima desgarrada. Y no es que este interés me reporte ningún goce positivo por el mal ajeno: sufro, sufro real y pavorosamente, sufro sin duda mucho más que la víctima a la que compadezco. Muchas veces me apiado de quien ni siquiera sueña en apiadarse de sí mismo: ese patricio cuyo universo comienza y acaba en proezas de su tiro de caballos favorito; esa dama más que madura cuya sed de placeres venéreos aumenta año tras año en la misma vertiginosa proporción en que disminuyen sus encantos, ese orgullo y terco Lucano que jamás logrará un pedestal de la misma altura que el de Virgilio... Si ellos pudieran verse a sí mismos tal como yo les veo, si vieran lo que se les acerca, la revelación que puede fulminarles en cualquier momento, la frustración y miseria que administran como si se tratase del oro de Creso... A veces, no puedo resistirme a hacerles alguna *insinuación* esclarecedora a su respecto. Conducta cruel, lo sé, pero ¿acaso es justo que yo tenga que pasarme las noches en vela obsesionado por su fantástica nulidad, morderme los puños hasta hacerme sangre al imaginar su irreversible decadencia, mientras ellos se pavonean con el zafiro e imposible contento de su ignorancia?

Ya que no puedo ser un gran artista, por la blandura excesiva de mi alma, me contentaré con ser dios en esta vieja ciudad cuya carroña hormigueante me ha tocado gobernar. Afortunadamente, hay dioses de todos los tipos y un temperamento ecuánime no es atributo imprescriptible de la divinidad, como lo es a mi juicio del artista inmortal: junto a la serenidad de Apolo, están las epilepsias de Dionisos, el desenfreno de Venus, los rencores de Juno y la obtusa crueldad de Marte. ¡Ah, por fin respiro, en el Olimpo me encuentro como en casa! Ya que no puedo amar a mis súbditos y feligreses (desconozco sus sentimientos hacia mí, sean cuales fueren me resultan inverosímiles y apenas me interesan), ni tampoco dejar definitivamente de compadecerlos, he imaginado que la tarea más higiénica que puedo emprender es distraerlos de los espantos de su vida privada –que quizá momentáneamente algunos ignoran, pero que pueden abrumarles en cualquier instante– por medio de un sabio aumento de los horrores de la vida pública. El miedo y la incertidumbre son eficaces obstáculos contra el autoanálisis, que es la única plaga para la que no hay cura; cuando cada cual tema por la conservación de sí mismo, dejará de considerar lúcidamente cómo es ese sí mismo que pretende salvar e incluso no verá en él más que virtudes. También fomentaré la cruel-



dad colectiva, proponiéndoles objetos exteriores bien determinados como carnaza: circo de gladiadores, persecuciones y ejecuciones públicas de esas oscuras sectas judías que remedan populacheramente a los estoicos... Nada alivia tanto de la inminencia de los males que nos amenazan como la contemplación de sufrimientos desabridos, sin sutileza, sangrantes. Uno siempre *mejora* al compararse con los agonizantes... ¿No es éste, a fin de cuentas, el secreto de toda compasión?

Monólogo vigésimo noveno

Habla LA BELLA DURMIENTE

Rozar suavísimo como de pétalos o como el de las hojas de un libro tratado con mimo por su sueño erudito y solitario, resbalar sin traba de la palma de la mano por el fuste alisado y oleoso de una columna en la vieja catedral, el metálico chasquido del pico del azor fallando por centímetros –¿crueldad o juego?– el cuello de la paloma, suavidad impetuosa de la marea lamiendo aniquiladoramente el alcázar de arena de un niño, la rosa estremecida por la primera brisa de su último día, las finísimas sábanas mojadas de la niebla cubriendo a la caída de la tarde el rostro y las manos de las estatuas en el parque otoñal, la noche; la risa perfectamente buena de la madre ante el balbuceo sin tino del bebé, la risa de los amigos en la taberna con la copa en la mano y el guiño que todos ellos entienden –pero sólo ellos entienden– a flor de piel, la risa de los niños en el circo –excitada y temerosa–, la risa prometedora de los amantes, la risa didáctica –por fin saben de qué reír– de los viejos; furia estimulante del viento que desprecia el sosiego y maldice con sus largos mugidos la clausura hipócrita de las casas, fascinación del gran actor que avanza lentamente hacia el proscenio para recitar con voz de sabios juegos el monólogo que el público espera, audacia y exaltación del caballo a la carrera, firmeza de la mano que lleva sus riendas y sabe que el corcel le ennoblece, la llamada de auxilio que es contestada por el amigo, la espada; y luego todas las formas del desconsuelo, la frente ardiendo de fiebre en las tinieblas que nada ni nadie alivia, los ojos espantados del niño contemplando el desamor violento de sus padres, la humillación fatal de la miseria y la humillación aún más odiosa de quien explica al miserable por qué su condición es necesaria, la corrosiva tarea de los años (cuantos más tenemos menos nuestros nos parecen), el ajarse irrefutable de lo hermoso y el olvido de lo noble, la abyecta sumisión ante los dueños del látigo, la muerte; dulzura crispada del violín cuando aguza su lanza sonora por entre los nervios hechizados del oyente, desafío heráldico de las trompetas y pensativo taller de las campanas, redobles, arias, trémolos, clangores, baladas, el silencio; languidez inexpresable de las horas que pasan sin dejar huella, peor, llevándose las tibias huellas de la dicha pasada, anegándolo todo en el silencioso almíbar de su tedio, pereza alargándose vanamente en una espera sin consistencia ni atisbos de contenido ni tampoco rebelión ni protesta ni angustia ni nada que se parezca a esa provocación permanente que es la vida, el tiempo; pero ya devuelve el sol arrobos de tibieza nada doméstica –pero acogedora– a la pradera nuevamente inquieta, ya las generosas velas del barco restallan de plenitud sin tempestad y una voz repite nuestro nombre para que vayamos acostumbrándonos otra vez a él, ya los versos íntimos y majestuosos del antiguo poeta borran la ceniza amargamente trivial de las lenguas, amor; la verdad y la siembra, la gloria y el reto, el puente y la chimenea, la danza, la palabra, el coraje, la ternura, el misterio, la aurora, los labios del príncipe.

Monólogo trigésimo

Habla GULLIVER

De mi viaje a Fobión habría mucho que contar, empezando por la azarosa manera como llegué a ese extraño reino de cangrejos inteligentes situado en un archipiélago inexplorado de los mares del Sur. Muchas y variadas son las peripecias que me ocurrieron entre ellos; las más, grotescas, pero algunas terribles: llenaría volúmenes relatándolas por lo menudo. También sería muy curioso para mis lectores conocer la organización política y social de los fobiones, las engañosas y fascinantes formas de su arte realizado con conchas marinas, cuyo encanto parece residir en la sutil pero creciente distorsión que impone a los sentidos de quien lo contempla y la complejidad aberrante de su vida sexual, en la que al principio creí ver una indecencia demoníaca y más tarde una meticulosa reglamentación del aburrimiento. No menos chocante es su teología, de la que apenas al final de mi estancia entre ellos comencé a entender algo: si no me equivoco, los fobiones creen habitar en su Dios, cuyos propósitos e intervenciones descubren por todas partes como lo más evidente y real, pero sostienen que hay otro mundo además del inmediato, a saber, un orbe perfectamente mecánico, puro juego del azar de las causas y los efectos, a cuyo desalmado paraíso esperan merecer ser arrebatados tras el último día de su existencia en la fatigosa divinidad que hoy les acoge. No voy a entretenerme, sin embargo, en dar cuenta de ninguno de estos interesantes pormenores, pues pienso dedicar en breve mis fuerzas a una crónica general de la forma de vida de estos crustáceos superdotados. Por el momento y a título de anticipo, haré un resumen de lo que conocí de su sistema educativo, del cual están extraordinariamente orgullosos y quizá no del todo sin motivo, como luego se verá.

Para los fobiones no hay más que un principio pedagógico, que utilizan como único estímulo del aprendizaje y fijador indeleble de lo aprendido: se trata, como es natural, del miedo. En esto quizá no difieren demasiado de lo usual entre otros pueblos conocidos. Pero su método de enseñanza rechaza el fácil expediente de establecer un juego único de premios y castigos, prefiriendo una dosificación perma-

nente del pánico y un hábil manejo de la inconcreción de las amenazas. Nadie sabe muy bien qué es lo que teme pero todo el que sabe, sabe que teme. Los maestros fobiones son a este respecto insuperables: dominan todos los resortes de la inquietud y el arte sutil de la insinuación pavorosa no tiene secretos para ellos. A los niños, por ejemplo, no se les castiga de un modo explícito cuando su comportamiento no está dentro de las normas admitidas: por el contrario, se les comienza a compadecer con las más expresivas demostraciones de dolor por lo que han *perdido*. En un principio, como el culpable no echa en falta nada, no se inquieta por esta extemporánea solicitud de sus mayores. Poco a poco, sin embargo, comienza a sentirse menguado por la convincente insistencia de los que le rodean en que lo está; no tardará en echar de menos lo que nunca tuvo y ni siquiera conoce: finalmente, pedirá de rodillas que le sea devuelto. Sus tutores se harán de rogar: a fin de cuentas, quizá lo que le falta no sea tan importante ni valga la pena inquietarse demasiado por su pérdida... Estas consideraciones aparentemente tranquilizadoras no hacen sino aumentar la zozobra infantil, pues dejan entrever que lo sustraído es algo *irrecuperable*. Cuando la lección ha sido llevada lo suficientemente lejos como para estar seguros de que nunca será olvidada, los educadores aceptan el arrepentimiento del neófito y hacen profesión pública de que a partir de entonces van a tratarle como si no careciese de nada. Fijaos que no le restituyen la convicción de su integridad, sino simplemente algo así como un sobreseimiento de la acusación de mengua. El ánimo del discípulo está en un punto tal que ya no aspira a nada más y vive ese retorno al redil con histérico alivio. Pero la sospecha de su incompletitud, junto al temor de que ésta vuelva a hacerse patente un día, siguen ejerciendo su educativo efecto en la intimidad azorada del párvulo. A la menor recaída en su anterior indisciplina, una palabra al desgaire le recordará la grieta que puede abrirse en cualquier momento bajo sus pies. No suele hacer falta más para que acate con renovado entusiasmo la pauta de conducta ortodoxa. Doy fe de la excelencia de este procedimiento: entre los fobiones, la posibilidad de incurrir en delito no es virtuosamente detestada, movimiento anímico que suele incluir como contrapartida una oculta tentación, sino francamente temida, pues el pecado les recuerda el oculto despedazamiento primordial de sus almas.

Esta forma de aprendizaje marca la pauta de lo que han de ser las relaciones de estos sabios cangrejos entre sí en todos los órdenes de la vida social. La huella de su encuentro infantil con la realidad apabullante y conformadora de la Ley les ayuda a enfocar de la manera menos conflictiva los nada obvios juegos de la comunidad, sin cuya complejidad jerarquizada el fobión retrocedería a la animalidad o al caos. Consideremos las perplejidades suscitadas por la interrelación de los diferentes grupos de edad que compiten y cooperan en la liza mundana: las tensiones se diluyen del mejor modo posible, gracias a la siempre viva impronta de la educación primaria que he descrito. Los jóvenes temen a sus mayores, que poseen *algo más* que ellos y podrían demandárselo en cualquier momento si la conducta poco consecuente de los iniciandos les obligase a tanto; los ancianos no ignoran que ya han perdido lo que los jóvenes todavía no están seguros de poseer y respetan a las generaciones que les siguen en nombre de la posible revelación de su carencia: cada cual se encarga de dar cuerpo a la domesticada conciencia de sus contemporáneos y nadie se atreve a apresurar una jugada subversiva cuyas consecuencias ignora y teme. Lo mismo ocurre entre macho y hembra, gobernante y gobernado, artista y público, sacerdote y fiel, incluso entre amigos: cada cual es testigo y supuesto acusador de lo que al otro falta, aunque en realidad no vuelve tal fiscalización sino contra sí mismo, en nombre de la diferida posibilidad discriminadora de su prójimo. Resueltos a no formular nunca explícitamente la demanda, pues fueron adiestrados en un reverente espanto a la exteriorización del desabastecimiento, su silencio pasa por un implícito y ominoso reconocimiento de la mengua ajena ante los ojos siempre alertas de los demás. Entre otros efectos benéficos, este delicado equilibrio de suspicacias comporta el exterminio de toda soberbia. Aunque la virtud de la magnanimidad no es moneda corriente entre los fobiones (me remito para esta consideración a la autoridad del aquí desconocido Aristóteles), los excesos vituperables que la flanquean no son igualmente probables entre estos crustáceos: entre la vanidad y la pusilanimidad, creo que sólo esta última tiene curso frecuente y legal. Se trata sin duda de un mal menor, puesto que ya el insigne griego nos enseñó que la pusilanimidad no es propiamente un vicio, sino tan sólo un error.

Una última precisión interesante y aleccionadora: la veneración infinitamente sumisa de los fobiones para con sus muertos. En efecto, la ausencia de éstos les exime de la reciprocidad en el terror y por tanto son absolutamente inmanejables, incesante testimonio de la mutilación sin nombre de los vivientes. Su voz acusadora, porque muda, es inapelable. Los muertos son los únicos que ya lo tienen todo, aunque los fobiones enunciarían esta irrefutable verdad de esta otra manera: desde un comienzo, lo que nos falta para ser completos es morir. Sobre esta inamovible y serena piedra angular, edifican el ritual ceremonioso de su vida pública, sin duda no muy diferente de lo que por las noches se consienten en sueños.

Monólogo trigésimo primero

Habla FERNANDO SAVATER

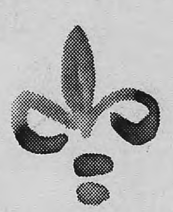
Hoy he cometido una impertinencia de la que me he arrepentido casi al instante: he cumplido treinta y dos años. Lo siento, no lo volveré a hacer. Debo decir en mi descargo que he aplazado este momento lo más que he podido; sea como fuere, sospecho que ahora sí que viene lo realmente difícil. Stevenson respondió al médico que le aconsejaba no malgastar excesivamente sus fuerzas creadoras, pues de otro modo corría el riesgo de morir joven: «Sepa usted, doctor, que todos los hombres mueren jóvenes». Por el contrario, Cioran dictaminó que quien no muere joven, merece morir. Quizá sea una cuestión de matices o, mejor, de caracteres: para Cioran, la repetición y la rutina se hacen inevitables en cuanto se rebasan los veinte años, mientras que la enérgica concepción del mundo de Stevenson permanece hasta el úl-

timo instante abierta a la posibilidad de la novedad creadora. En ambos casos, sin embargo, la muerte trunca el ímpetu de lo posible, aunque el pesimista opine que la vida aún continúa, como si no lo supiera... Mi propio carácter, quizá merezca la pena decirlo, me inclina muchos más del lado de Stevenson que hacia el de Cioran. No conozco nadie menos *nihilista* que yo, si por tal postura se entiende una desvalorización general de la realidad. En verdad, la vida me tiene literalmente encantado, fascinado, embrujado, soy una víctima jubilosa y estremecida del velo de Maya; hasta tal punto, que todas las justificaciones del mundo, los razonamientos a favor de la necesidad u oportunidad de alguna forma concreta de lo real, me parecen denigratorios: aquello que debe ser defendido, no lo merece. Las creaciones están para ser deshechas, precisamente porque somos capaces de hacerlas; los sueños deben ser olvidados, para que podamos volver a soñar; nuestras verdades pueden ser jubilosamente burladas o desmentidas, justamente porque siempre seremos los únicos dueños de la verdad: hemos nacido para pisar las cabezas abatidas de los reyes, como dijo el audaz Hotspur, y eso prueba que todos somos verdaderos príncipes y no hay nadie tan abyecto que se sienta realmente indigno de la corona. Amo al Estado, a sus pompas y sus obras, tal como amo lo más intenso, arbitrario y artificial de las producciones del hombre: precisamente por eso siento el tónico deber de combatir el Estado, de cuya superación somos tan dignos y capaces como lo fuimos de su creación. El experimento de lo humano continúa y no echo de menos en modo alguno la acogedora y afásica unidad de la Madre Naturaleza: el espíritu es cosa del Padre y yo estoy de su lado incondicionalmente. ¡Qué fastidiosa es la nostalgia, sobre todo en política o en moral! Tan ridícula como la jadeante obsesión del más allá, es decir, del mañana. A diferencia de muchos de los compañeros a cuyo lado he luchado y quizá lucho todavía contra el Señor de este mundo, nunca he sentido lo real como dolor y la conciencia de lo real como aborrecimiento: lo que hay, para mí, es un problema, a veces una broma, y, ante todo, desafío, pero el conjunto me produce exaltación. Soy partidario de prodigio y no tengo que esforzarme mucho para tropezar con él: más difícil me suele resultar mantenerme a su altura. En todo caso y pese a que pueda perjudicarme políticamente esta declaración, soy un bípedo dichoso de sus dones y privilegios, así como carente de mala conciencia: mis lágrimas brotan de manantiales menos edificantes...

Aunque sigo compulsivamente lleno de proyectos literarios, ya estoy seguro de que ninguna de mis posibles creaciones futuras me hará mella de modo distinto a como me han marcado mis producciones anteriores. No se trata de que dude de poder hacer cosas mejores que las realizadas hasta ahora: al contrario, estoy seguro de ser capaz de superarlas, aunque no sea más que porque la cota alcanzada no es demasiado alta; pero, incluso si la objetiva consideración de la obra mejora, el *efecto* de ésta sobre mí se mantendrá sustancialmente idéntico. Desde siempre quise ser escritor y ahora sé con certeza que lo soy: mejor que algunos, peor que muchos, ni tan genial que la creación se me convierta en sofocante batalla con el Ángel Universal, ni tan mediocre que la escritura no me produzca legítimos placeres. Eso es lo único que cuenta: los proyectos del niño se han satisfecho y me apresuro a ceder con irónica generosidad la fama póstuma que no espero a quien necesite esa esperanza para compensar su ausencia de éxito inmediato. Soy calvinista y creo que, en materia de creación artística, la bienandanza presente demuestra la predilección salvadora del Señor; de todas formas, que los malditos no desesperen. Dos principios he incorporado definitivamente a mi magra preceptiva literaria: no avergonzarse nunca del propio gusto y desconfiar de los excesos del «buen gusto». Me explico: creo que ciertamente existe un gusto mejor que otro y que no todos los gustos son iguales, ni mucho menos; pero quizás al gusto propio, aun heterodoxo o *vulgar,* sólo le falta para convertirse en excelente el respaldo lúcido y combativo de nuestra pasión, que no busca coartadas en la intimidación de lo general para sustentarse; por otro lado, el buen gusto –que creo que existe objetivamente y que es sin disputa «bueno»– tiene excesos esterilizadores que le hacen tan peligroso para el creador como lo es la exuberancia insensata del mal gusto, o quizá todavía más peligroso, porque contra el mal gusto nos alzamos en seguida sin escrúpulo, mientras que cierta complicidad con el buen gusto nos hace venerarlo aun cuando nos es fatal.

Estoy sellado por la ambigüedad liminal. No tengo determinaciones céntricas, capitales: mis señales son siempre limítrofes. Nací un ventiuno de junio, entre la primavera y el verano, recién acabada la segunda guerra mundial y aún no comenzada la guerra fría. Mi signo es el dual Géminis, pero por poco, en su último día antes de ceder la casa del cielo a Cáncer. Mi bellísima ciudad natal es fronteriza y mi sangre mezclada: me viene de nazaritas granadinos, de madrileños, catalanes, argentinos... La paradoja es la figura retórica que prefiero, casi por instinto: la primera cláusula literaria que me fue celebrada figuraba en una redacción sobre caza del tigre escrita a los siete años, en la que hablé del «discordante concierto» de los ojeadores. Mi dios es Hermes, guardián de las fronteras, solar y subterráneo, ladrón y psicopompo, amistoso y cruel; el dios del *kairós,* del momento en que el golpe acierta, visto y no visto, oportuno y oportunista. Sólo a ese *puer æternus,* al niño burlón y peligroso, sólo a él me encomiendo .

Treinta y dos años bastan para hacerse dueño del mundo, aun sin ser Alejandro. He padecido amor, el amargo despertar del amor y la jubilosa recaída. Tengo un hijo, al que miro creyendo mirarme pero sabiendo también que es el anti-yo. He visitado la cárcel y he llevado uniforme: ahora, en el recuerdo, todo parece santificado por la curiosidad y el estreno de sensaciones. He bebido los mejores vinos en la mejor compañía y he nacido en la tierra donde comer bien es una gozosa religión pagana. Amo el mar. He estado en Delfos, en Venecia, en Londres y en Palenque; he visto montar a Lester Piggott, torear a Antonio Ordóñez y tocar Bach a Rostropovitch. Yo estaba en la Zarzuela cuando *Todo Azul* ganó el Gran Premio, en Longchamp cuando *Sea Bird* barrió a los mejores caballos del mundo en el Prix de l'Arc de Triomphe y asistí al inolvidable duelo entre *The Minstrel* y *Hot Grove* en el Derby de Epsom. He besado la frente de mi padre muerto, he estrechado la mano de Borges, y conozco la voz de Nietzsche y Shakespeare. He estado solo, quizás estoy solo, me quedaré definitivamente solo, pero no consigo arrepentirme. No me arrepiento.

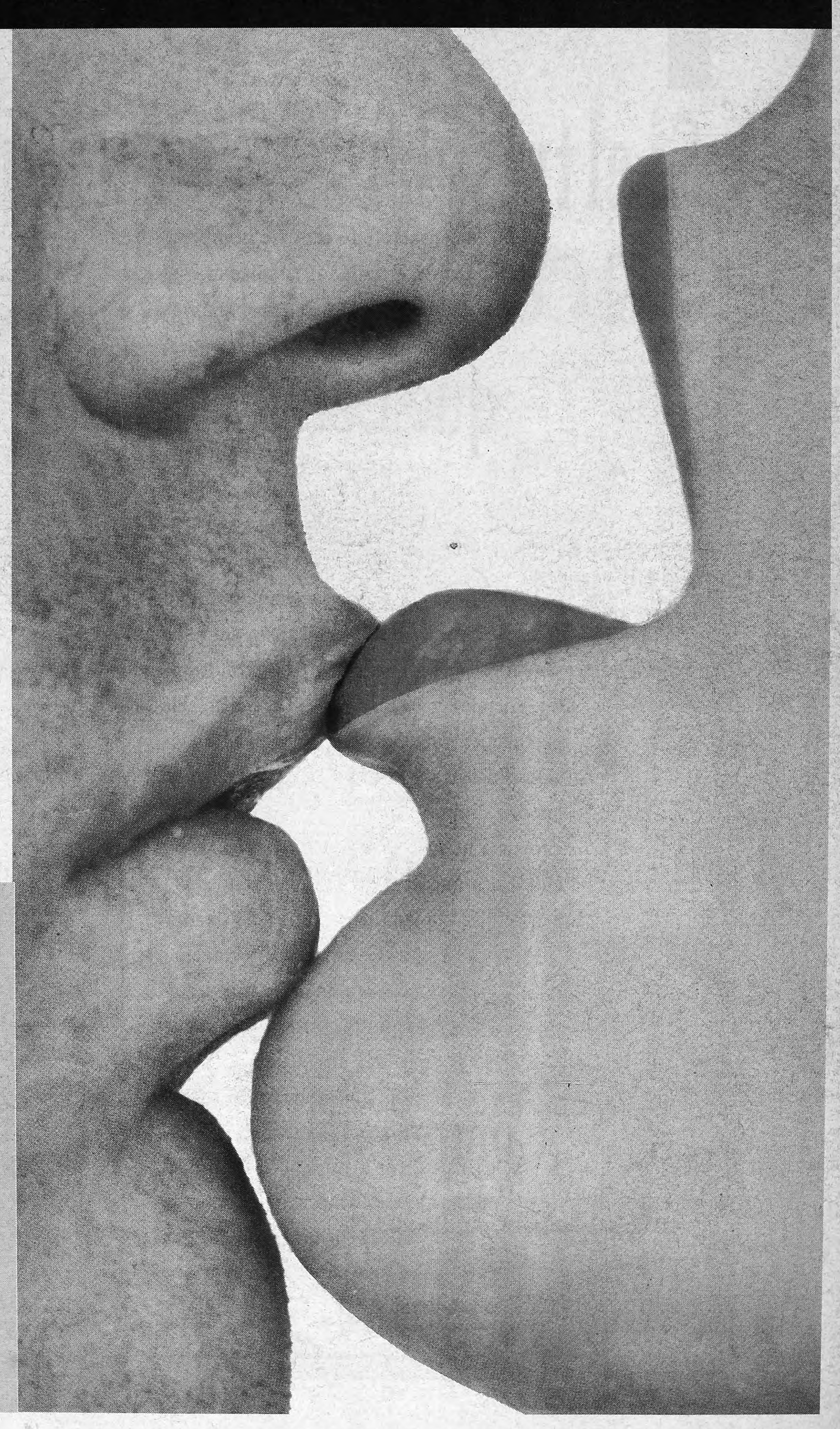


ÍNDICE



EL LIBRO DE LA SEXUALIDAD

TODOS LOS MIERCOLES CON **Página/12**



Escriben:
Elena Ochoa,
Fernando Savater,
Eva Giberti,
Fernando Ulloa,
Ana María Shua,
Josep Vicent Marquez.

- La conquista del placer
- ¿Qué es la sexualidad?
- El desarrollo de la sexualidad
- ¿Qué es el escroto?
- Las claves del orgasmo
- El placer en cifras
- Identidad sexual
- Hombres: temores y mitos
- Eyaculación precoz
- Flacidez peniana
- Testículos, su funcionamiento
- El útero.